

AMERICA

N.º 25



Teresa de la Parra

Valor \$ 0,50

AMERICA

AMERICA

REVISTA DE CULTURA
HISPANOAMERICANA

~::~~::~~
Dirección:

Alfredo Martínez

Guillermo Bustamante

Hernán Pallares Zaldumbide

Augusto Arias

~::~~::~~
Director Artístico:

Nicolás Delgado



Alejandro Andrade Coello

Año III

1927
NOVIEMBRE

AMERICA

REVISTA DE CULTURA
HISPANOAMERICANA

Núm. 25

QUITO--ECUADOR

Apartado N° 75

Alejandro Andrade Coello

(Fragmentos de un estudio. Del tomo CRÍTICA)

ENTRE estos cultores del arte sano y jugoso, se encuentra Andrade Coello, escritor hondo, crítico sagaz y penetrante, incansable sembrador de superiores normas estéticas y de nobles y elevados pensamientos; verdadero intelectual, tomando esta palabra en la acepción que él le ha dado en alguna de sus producciones: «Intelectual es el que enseña a la juventud, el que pone cátedras de arte, el que vive en actividad literaria, el que en el libro, en la tribuna y en el periódico rinde culto a la gaya literatura». Pues cultiva el diarismo, gesta páginas de belleza indudable y predica sus ideas a la juventud ecuatoriana desde una de las aulas del Instituto «Mejía».

EN estos países de incipiente cultura literaria y artística, se llama intelectuales, indistintamente, a los talentos prestigiados por su consagración al estudio serio y a los mediocres y fatuos lectores de torpes lucubraciones; a los persistentes buriladores de libros de admirable sustancia medular y a los ignorantes cronistas sociales de diarios; a los periodistas de enjundia y de garra y a los gacetilleros que escriben editoriales de la más ordinaria política lugareña.

POR ello tiene interés aún repetir esta densa página del magro y talentoso Jesús Castellanos, uno de los más fuertes cerebros cubanos de la época moderna: «El intelectual de los grandes centros de población, es un hombre que reparte lo mayor y lo mejor de su actividad en el refinamiento constante de sus ideas, pero que se distingue especialmente por su apostolado perenne e indirecto, escribiendo libros, organizando academias, entrando en las polémicas ideológicas, contestando a las enquetas de los diarios; viviendo una vida que, ayudada quizá por un poco de exhibicionismo, trasciende a la conciencia pública y contribuye a su más recta dirección. Lo que aquí llamamos intelectual, —seguramente por causas económicas en gran parte,— es la mitad brillante de un abogado o médico que de vez en cuando tiene tiempo de leer un volumen y

pierde de leer cuarenta que esperan en vano en su biblioteca, la nostalgia de un profesional que anda siempre a pleito con las horas de su reloj, sin que ninguna le quede para vivir espiritualmente un poco con su pueblo; pálido cuarto menguante de una luna que no tarda mucho en desaparecer....»

UNA idea central y permanente agita toda la obra de Andrade Coello. Y muchos de sus trabajos dispersos — de vario asunto y distinto mérito —, podrían agruparse en ordenados volúmenes, siguiendo el ritmo interior que les dió vida orgánica. Pues, sugerencias de viaje y de lecturas, reflexiones pedagógicas, forman, armoniosamente, un bloque simple, que deja de su labor y de su persona una impresión de profunda y espontánea sinceridad. Y así, desde los primeros artículos de su juventud proficua, hasta los graves estudios de su actual madurez, todas sus producciones tienen el mismo acento americano e idéntico fervor idealista; igual cariño al arte regional y similar desprecio a los exotismos enfermizos de los adoradores del pobre y grande Lelián. El mago de «Ariel» ha dejado en su espíritu una huella imborrable y fecunda.

PERO lo que más relieve da a la producción literaria de Andrade Coello, son los estudios críticos, donde se muestran ampliamente sus cualidades de estilista, observador y erudito. Y en sus comentarios domina una tolerancia comprensiva y generosa, para todas las ajenas convicciones y sinceridades que realizan la belleza, pues en este espíritu no caben los dogmatismos autoritarios y agresivos de quienes juzgan del mérito de los autores y de las obras de acuerdo con fórmulas y cánones de estrechos y rígidos límites. La crítica amarga y acerba que sólo se complace en roer libros, sin gozar y aplaudir sus bellezas y méritos; la crítica irrespetuosa, apresurada y trivial, hecha con frases torpes y burlas malignas, como la de Javier de Viana, que ayer gestó estimables novelas breves y que hoy, en su impotencia, mira con aversión a quienes trabajan, producen y triunfan; la crítica jaculatoria que convierte la justa y discreta alabanza en bombo retumbante, son formas de análisis que no se avienen con la selección interior y gusto estético de Andrade Coello. Y por ello, cuando se leen los comentarios de este escritor, siéntese la irresistible tentación de repetir la pregunta de Barbey d' Aurevilly: «Qui se doutait que la critique put, comme la poésie, avoir des ailes?» Y, en efecto: ningún género tiene una amplitud más ilimitada para ejercitar la inteligencia y la sensibilidad, pues, en él, como dijo quien fue uno de sus más altos representantes en América, «se contunden el arte del historiador, la observación del psicólogo, la doctrina del sabio, la imaginación del novelista, el subjetivismo del poeta....»

Ariosto D. González

(Uruguayo)

LA TRADICION ARTISTICA DEL PUEBLO DE QUITO

(Del libro en circulación MOTIVOS NACIONALES)

La arte, que es verdad y es belleza, se alza como supremo educador. Pule el sentimiento popular y afina las cuerdas de su corazón. Estimar las producciones artísticas es propender al afianzamiento de la cultura nacional.

La historia, en sus lecciones luminosas, está ponderando cómo los pueblos artistas se distinguieron por sus acciones cívicas, por sus virtudes, por sus grandes heroísmos, rechazadores de la barbarie, del egoísmo y de la grosería.

Cerebros oscuros, como el del escudero del hidalgo manchego, piensan que el arte nada produce y que es censurable desperdicio difundirlo y premiarlo. Craso error éste, que reduciría a los pueblos al estado salvaje, por más que habitasen palacios de oro. El alma de las muchedumbres está destacando la conciencia de su civilización, tanto más grande cuanto concibe con más primor el sentimiento estético.

Ópera, drama, zarzuela, divinos versos, música que nos ennoblece, canto que nos encumbra, cuadros y estatuas que son deleite espiritual, construcciones eurítmicas, armonía helénica, ¡cómo conquistáis el gafo de laurel para adornar las frentes ohadoras que immortalizaron a las cunas más humildes!

Quito, no es ciudad de millones de habitantes ni goza de todas las modernas comodidades materiales; pero fulge como un relicario del arte. Por esto, aspira a la perpetuidad de su nombre.

Conservar este augusto prestigio, sostenido desde la época colonial, es deber de la ciudadanía. El fomento artístico, el franco apoyo a sus múltiples manifestaciones será obra de santas vestales que mantengan siempre vivo el fuego sagrado: la belleza.

Su valor moral es axiomático. Las fealdades judaicas argumentarán en contrario, porque la hermosura del alba no ha entrado todavía a irradiar en sus pechos.

El argumento del apóstol traidor ante el vaso de nardo derramado inútilmente sobre la cabeza del maestro, — observa el

uruguayo artífice del verbo: Rodó —, es todavía una de las fórmulas del sentido común. La superfluidad del arte no vale para la masa anónima los trescientos denarios. Si acaso la respeta, es como a un culto esotérico. Y sin embargo, entre todos los elementos de educación humana que pueden contribuir a formar un amplio y noble concepto de la vida, ninguno justificaría más que el arte un interés universal, porque ninguno encierra — según la tesis desenvuelta en elocuentes páginas de Schiller — la virtualidad de una cultura más *extensa* y completa, en el sentido de prestarse a un acordado estímulo de todas las facultades del alma.

Aunque el amor y la admiración de la belleza no respondiesen a una noble espontaneidad del ser racional y no tuvieran, con ello, suficiente valor para ser cultivados por sí mismos, sería un motivo superior de moralidad el que autorizaría a proponer la cultura de los sentimientos estéticos, como un alto interés de todos. — Si a nadie es dado renunciar a la educación del sentimiento moral, este deber trae implícito el de disponer el alma para la clara visión de la belleza. Considerar al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia. La dignificación, el ennoblecimiento interior, no tendrán nunca artífice más adecuado. Nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía. Nunca ella será más plenamente buena que, cuando repa, en las formas con que se manifieste activamente su virtud, respetar en los demás el sentimiento de lo hermoso.

Cierto es que la santidad del bien purifica y ensalza todas las groseras apariencias. Puede el indudablemente realizar su obra sin darle el prestigio exterior de la hermosura. Puede el amor caritativo llegar a la sublimidad con medios toscos, desapacibles y vulgares. Pero no es sólo más hermosa, sino mayor, la caridad que anhela transmitirse en las formas de lo

CRIOLLISMO

Catarata:
bufanda de los huracanes.
Relámpago:
lazo de plata
lanzado hacia los cuernos de la luna.

Se oye un largo bufido,
grita el torrente como un baquero
y sus ondas retorcidas son como un vestido
de piel de cordero.

La noche es un gaicho
que tuviera per falda de su sombrero
los bordes del horizonte
y por cinta de su cintillo
la vía láctea.

El planeta Marte es una rodaja
roja, de tanto liucarse en el ijar de la nube.

La tormenta galopa: se hacen astillas
bajo sus cascos negros las estrellas;
y sólo entre un aprizco de sombra
se ven los pitones de las siete cabrillas.

Mostrando sus colmillos de rayos al Oriente
la tormenta eriza su piel de lluvia,
y agazapada, en los chaparros de la sombra,
se ARMA como un tigre para cazar el Sol.

Riobamba, Ecuador

Miguel Angel León

delicado y lo selecto; porque ella añade a sus dones un beneficio más, una dulce e inefable caricia que no se substituya, como un toque de luz".

Quito es un pueblo selecto y genial; sabe entusiasmarse ante su positiva herencia de arte.

Abi están los templos, ahí las casas solares, ahí las variadas manifestaciones artísticas; ahí, a cada paso, los recuerdos de belleza. Imperativa obligación es custodiar aquellos tesoros y aumentarlos,

merced a la cooperación de los de arriba y de los de abajo.

Quito tiene suavidades de madrigal; incluye admirablemente sus creaciones estéticas. Fomentar su vocación; propagar su genio, es añadir a la sólida educación del pueblo el auténtico sentimiento de la grandeza nacional.

Alejandro Andrade Coello

Quito, Ecuador

TERESA de la PARRA

A literatura de América se ha enriquecido recientemente con un libro de esos que obligan a mirar en torno, y hacia adelante, y hacia atrás: porque aparecen dominando repentina y espontáneamente la producción contemporánea a una altura desde la cual se descubren perspectivas espirituales más vastas. Léedlo. Veréis en qué punto han cuajado de suyo las mieles del más silvestre y del más exquisito de los frutos americanos: el ingenio femenino. Libros como *IRIGENIA*, — a un tiempo resumen y anuncio, respuesta e interrogación, — entran de lleno a influir en la evolución de la sensibilidad y en la historia de las costumbres.

En mi concepto, no se ha escrito hasta hoy en América con igual gracia femenina, con acento tan personal, con lirismo más viviente, más inherente al alma de las cosas, y a la vez más sobrio de expresión: pues aquí la expresión adhiere a la realidad como la pulpa al hueso, la verdad y su imagen vienen de adentro en un mismo brote.

Sin ningún preconcebido *americanismo*, ajena al falso indianismo, lejos del tropicalismo selvático y cumarañado, exenta de la jerga bárbara del realismo populachero, es quizá la más genuinamente hispanoamericana de nuestras novelas. Novela de la ciudad, de la vida de familia y de sociedad, del trasplante de Europa a nuestras pequeñas capitales, tiene también episodios eglógicos, como ventanas abiertas al campo, que dan paso al soplo primitivo de América. En cierto cuadro, por ejemplo, de inolvidable frescura agreste, *se oye* el murmullo del agua, como en otros pasajes del libro, *se siente* el hábito del viento o *se ve* el paso de las nubes; y no gracias a descripciones más o menos acertadas, sino en sugestión de la hora, en secretas consonancias del ánimo con el ambiente, en toques de evocación evanescente: todo dentro de las almas, que no aluera. Un artista de instinto menos seguro, sobre todo siendo mujer, hubiera, a cada paso, cedido al prurito de la retórica, al falso halago de la elocuencia sentimental, desarrollando fáciles temas, pintando paisajes de cromo, *poétizado*. Teresa de la Parra se dotiene siempre a punto. Y el tono general de su libro, — muy literario sin embargo, — tanto se distingue por las faltas que evita como por las bellezas que exhibe.

Ninguna receta para la tersura de este estilo. Un movimiento natural, un tanto lento, entrecortado por pausas reflexivas, recapitulaciones, vueltas y revueltas que con reiterada insidiosa repetición de imágenes, van cobrando cada vez más peso y cargándose de sentido. Y en punto a lenguaje, casi ni un solo galicismo; el que lo hay es más sustancial, de alma y cuerpo, y ya incorregible.

Pero su poder secreto, su milagro espontáneo e inagotable es su don de vida. Ahí está, hecha con nada y sin esfuerzo, y sin embargo desbordante de verdad, de gracia, de filosofía, su negra vieja, la lavandera humilde e inolvidable como un oráculo. Ahí están Abuelita, tío Pancho, tantas otras siluetas, tonos y tiempos, imborrables.

Se nace narrador ameno e interesante como se nace poeta. El don, innato, de saber contar, de hacerse oír, de retener y cautivar, de dar aspecto inesperado y especial relieve a hechos y cosas entresacados de la cotidiana monotonía, es un atractivo ingénuo e indefinible como el de la simpatía. Teresa de la Parra lo ejerce con la espontaneidad más abundante y más libre. El prestigio de la verdad con que cubre su ficción produce en todo lector el contagio de ilusión, el olvido del simulacro ante el simulacro, la creencia de que está pensando, como ingenuamente se dice. Este engaño fascinador de la invención literaria, este arte de ilusionista, no se deja ver aquí sino en sus efectos: no se piensa en el autor, no se piensa en su talento; se cree en esa vida infusa.

María Eugenia Alonso, la heroína del libro, creación personalísima, resume, sin embargo y anticipa toda una jornada de nuestra evolución. Lo que vale la María de Jorge Ibañez, pongo por ejemplo, de la María de inocentes trenzas virginales y crechetas púdicas y albra apretada como un capullo, a esta María Eugenia de pelo cortado a la *garçonne* y de alma cortada a la Colette, es todo un mundo, un mundo que separa generaciones hasta hacerlas casi incommunicables. Y es uno de los cuentos dulcemente trágicos del libro, este contraste ora implícito, ora desenvuelto en diálogos escuetamente furibundos, ora soloculo en íntimo soliloquio.

La comparación de las dos Marías, — en el fondo hermanas y esto es lo más hondo, — señalaría el tránsito, de aquella forma de la sensibilidad romántica en su etapa idílica y

campestre, que enseñó a amar por todo el Continente y modeló un tipo de almas, creó una calidad de amor ya desaparecidos, a esta otra forma de individualismo que la abarca, la sobrepasa, la prolonga y diversifica en una trama espiritual más compleja, inextricable como la urdimbre misma de la vida.

La adorable María colombiana, paloma sin hiel, breve copo de ternura y melancolía, no sabía sino callar, amar, llorar. La elegante María caraqueña, de apariencia modernísima sobre el fondo tradicional, que abrevia el tiempo con la celeridad de nuestra múltiple iniciación y está ya triste porque ha leído todos los libros, sabe expresar lo recóndito, sabe protestar y decir las cosas, sabe reír, reírse, libertarse. Y sobre todo sabe que sabe. Y aunque sabe también llorar y someterse, acaso no sapa tan profundamente como ella cree, lo que es amar. ¡Ama! Sí; pero más al amor que al amado. Ama por amar, no porque ama. Y ha de quedar siempre insatisfecha. Es el mal de las almas espoleadas por el afán insaciable y el ilimitado ensueño. Es el mal de San Agustín; *quia amabat amorem*, de Santa Teresa, que muere porque no muere, lo mismo que nuestra quemante Sor Juana Inés de la Cruz: corazones pascalianos, más grandes que toda felicidad más grandes que todo dolor. Sólo que esos santos, y en eso muestran la fibra heroica, renuncian con la alegría del desprendimiento contemplativo, y viven de sí, aislados en la cumbre. Los que nos arrastramos necesitados de la triste dulzura terrena, ajena y deleznable, del pobre cordial de besos, hecho de amargos jugos, no conjuramos el mal ahondándolo; y al ir buscando de criatura en criatura, vamos cavando sepulcros.

La intaeta, la impoluta virgen del Cauca, lirio de su valle, esperaba en silencio, mas no soñaba en quimeras; se consumía por un ausente, pero un ausente real, no inventado conforme a un ideal abstracto; se consumía en suavidad letal, en ignorado heroísmo de mansedumbre. Hija de sus montañas, profunda y quieta, no reclamó otro universo. Mientras que María Eugenia diera fuego al sol, alas a los vientos...

¿De dónde le viene a ésta, tan turbador encanto que preferiríamos su peligro a aquella paz inconsciente? Para ella el amor es guerra. Quisiera sucumbir, pero sé preservar. O la preservan fuerzas ancestrales. Se reserva, ¿para qué principio inverosímil? No se entregará del todo sino a la tumba. Pozo de ternezas hondas; sólo muestra un azul en sueño de lejanía al fondo de su transparencia.

Canta mientras espera, para dar aire a su fiebre. *Canta incultus spera* debe ser su lema. «Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba», es el subtítulo que pone ella, daudo a la divisa que la define, una versión irónica y prosaica, como si el es-

cribir así no fuera el mejor refugio contra la vida, la mejor excusa de no vivirla.

Escúchase a sí misma. Lenta y atenta obsérvese con amor lúcido y con maliciosa gracia. Su petulante y risueña predilección por sí misma, esconde mal, bajo su ufanía, su temor de esclava, menos fuerte que los prejuicios y virtudes de la raza que gravita en ella con su peso de siglos. Se engaña para dar pábulo a su esperanza y reivindica en teoría como una liberación lo que en realidad la doma, la quebranta como una caña. Se reconquista en la soledad. Y el espejo la consuela de muchas cosas, es cierto; y el coloquio con la luna del espejo es más asiduo que el coloquio romántico con la luna y más persuasivo.

Un oscilante y envolvente ritmo suyo, que es muy suyo, que es su ritmo, da a su prosa límpida, una música insistente, penetrante. Y si la invade una urgencia lírica, preludia y tarda en romper, como acordando todas sus fibras, ajustando sobre el alma tensa y aguda, las clavijas del recuerdo, templando el afán secreto que la estremece. Y cuando rompe a cantar en fin, la emoción la agranda, la transfigura. ¡Qué sobriedad tan pura en la abundancia misma! De su dolor más hondo, sólo un sollozo queda temblando en el raptó lírico suspendido, que más patético se destaca en el silencio súbito.

Vale tanto este libro por lo que expresa como por lo que subentiende. Todo él versa sobre un dualismo sutil, sobre un vaivén invisible, entre lo que se piensa y lo que se dice, entre lo que se resuelve y lo que se hace. Dos seres hay en nosotros y el autor devana la rueda de los ensueños sobre la trama inflexible de nuestra interna fatalidad; de nuestra contextura ancestral domeñadora de las veleidades intelectuales. Así María Eugenia Alonso, la rebelde, la inconforme, es la blanda y sumisa víctima de las tiranías tutelares, más fuertes en su sagacidad secular que las justas protestas individuales, efímeras en su aislamiento.

Y puesto que las Marías de idilio americano se alejan de nosotros en el tiempo y hasta su huella leve está próxima a borrarse de las nuevas generaciones, deslumbradas por prestigios más recientes y más turbadores, regocijémonos de ver cómo, en la corriente de la tumultuosa modernidad, emerge, figura de proa, la María Eugenia de este libro tan al día y tan de siempre. Miremos cómo un sol occiduo dora el adiós de tanta ingenuidad abolida; y la nostalgia de aquel encanto inerte no sin dulzura, de aquella gracia inhábil que no se aprende ni se define, se atenúa bajo la seducción de la adorable Enemiga nueva, todavía blanda y sumisa, pero ya advertida.

Gonzalo Zaldumbide

10. Ave. Elisee Reclus, París.

El Cura de la Aldea

Bajo su ancho paraguas que el sol ha desteñido
igual que al negro paño de su tosca sotana,
el cura de la aldea, con paso distraído,
a vagar por el campo sale cada mañana.

Le esperan a la puerta los humildes mendigos
en cuyos ojos llora todo el dolor humano
y a quienes él les llama "mis mejores amigos"
al darles, generosa, la caridad su mano.

Harapientas y alegres, cerrándole el sendero,
de rodillas le aguardan piadosas criaturas;
y el ademán es dulce de aquel varón austero,
al bendecir la aurora de aquellas frentes puras.

En sus ojos tranquilos hay la paz del que llega
al límite sereno de la renunciación;
y en su alba mano todo es dádiva, que entrega
cumpliendo con la santa ley de su corazón.

Quien a su puerta llama en busca de consuelo
o quien llega a su reja lleno de contrición,
jamás vuelve a la calle sin dar gracias al cielo
y escuchar en sus labios el divino perdón.

El devuelve al aldeano la perdida esperanza,
y le sirve de guía con su virtud y ejemplo;
él pone en su palabra una noble enseñanza
cuando a su grey sumisa le predica en el templo.

Quien le mira en la plaza, después de la doctrina,
jugando con los niños de la apacible aldea,
puede decir que ha visto, a la hora vespertina,
a Jesús practicando su amor en Galilea.

Guillermo Bustamante

BAJO EL CIELO DE FRANCIA

¿Qué es, al fin, el Mediterráneo?

RES hombres representativos, el uno de Italia, el otro de Francia y de Hispanoamérica, el otro, han definido, en el transcurso de unos meses, enfáticamente y hablando *in cátedra*, como si dijéramos, lo que es y debe ser el Mediterráneo. El italiano y el francés son jefes de Gobierno y de Estado, respectivamente. El hispanoamericano no tiene, en estos momentos, posición oficial alguna: pero, es más que todo eso: apóstol y maestro de un Continente.

Oigamos lo que han dicho del Mediterráneo Mussolini, Doumergue y Vasconcelos.

En su discurso del Capitolio, poco antes de partir para visitar la Tripolitania, Mussolini dijo nada menos que esto: "El Mediterráneo ha sido y volverá a ser un lago romano". Luego, ha hablado de "bosques de bayonetas, de nubes de aeroplanos que obscurecerían el sol". Y así, en tono heroico, con sonos de clarines y de parches guerreros son todas sus arengas, en seguida famosas.

Monsieur Doumergue, por el contrario, con esa ingénita *bonhomie* y eterna sonrisa, en el banquete dado en su honor en el palacio de la Bolsa de Marsella, cuando vino a inaugurar el canal del Ródano, que pone en comunicación al gran puerto mediterráneo con el padre río, dijo, entre otras cosas: "Este Mediterráneo, que baña los países de donde ha salido la alta civilización del mundo, ha dejado de ser un mar interior para convertirse en una grande y pacífica vía del comercio y de las comunicaciones internacionales". El cronista que tenía un sitio en ese banquete, oyó esas palabras de labios del Presidente de Francia, dichas con el tono más pacífico, sencillo y convencido. Todos aplaudimos la honrada, modesta y nueva definición que se daba al mar de las epeyas.

Vasconcelos, entre tanto, en un artículo escrito para grandes diarios de América, desarrolló este extraño tema: "El pútrido mar latino es la cloaca máxima del

mundo". Ya esto nos había dicho aquí, de palabra la primera vez que vino a pasar unos días con nosotros en Marsella, cuando nos costó cierto trabajo convencerle que se lanzara al mar desde la playa de baños. Al fin, movido no por nuestros razonamientos, sino por la exquisita atracción azul y fresca del mar, que en aquel radioso día de agosto se distendía a nuestros pies, apenas con ligeros temblores sensitivos, como una sábana de voluptuosidad y de delicia; nuestro hombre se sumergió en el mar, para surgir, en seguida, su serena y pensadora cabeza, urna del más alto pensamiento de América. Siguió nadando un poco tiempo más, y salió de prisa. Al observarle nosotros lo corto de su baño, nos dijo:

—"Ya en Valencia prometí no bañarme más en este mar pedante que gusta de hacerse pasar por cuna de civilizaciones y no es más que una inmundicia vestida de falsa belleza. ¡La cloaca mediterránea!"

—Pero usted cree que la civilización hubiera podido avanzar y llegar a donde ha llegado, si Dios no le hubiera deparado este maravilloso camino? El Mediterráneo ha sido el vehículo eficaz de la cultura europea, me permití observarle.

—"Es que yo niego la civilización europea", repuso.

—Esto ya es otra cosa. Entonces, si le parece, mejor hablemos de las pantorrillas de esa bañista. Mire, mire, no más. Y digamos con el viejo Poeta:

*"¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana!"*...

Y seguimos bromeando con este hombre genial, grande y sabio, que es bueno como un niño y un amigo del alma.

Meses después de ese pique en la playa marsellesa, Vasconcelos se descolgaba en la prensa de Hispanoamérica con un artículo, formidable, como todos los suyos, titulado: "La Cloaca", en la que al mar clásico le ponía, esta vez sí, de oro y azul. El pensamiento de este ensayo, ya sabemos cuál es: "El Mediterráneo es un

mar putrido, el albañal del mundo". Luego dice frases como éstas: "La proximidad, la permanencia de los hombres corrompe aun a las piedras; eso dice el Mediterráneo; sólo hay divinidad en los elementos; eso dice la soledad del Pacífico". Lo cual no deja de ser desconcertante dicho por el hombre que más ha hecho por la cultura humana en América, en lo que va de siglo.

Entonces mismo pensamos contestarle con el cariño y el respeto que nos inspiró el Maestro. Nos detuvo el temor de que se pudiera creer que queríamos ganar carrel contradiciendo a Vasconcelos, y que se dijera, acaso: ¡"valiente defensor le ha salido al Mediterráneo! Uno que no tiene más título que vivir en sus orillas!" Y lo dejamos.

Las frases de Vasconcelos sobre lo que él llama "la cloaca" fueron escritas casi al mismo tiempo que pronunciadas las de Mussolini, llamando al Mediterráneo el "mar romano".

Al afortunado condotiero, que está atacado de delirio de grandezas, no se le ocurrió, en ese momento, para fascinar al pueblo de Italia otra cosa que invocar el antiguo imperialismo romano que yace, desde hace quince siglos, muerto y bien muerto, amortajado en sudarios de púrpura. El llamado "Duce", que es vivísimo, con ese talento que no se lo merece y que no se lo podemos negar, trata de embriagar a su pueblo con zumos de imposible, escanciado en rútiles y tintineantes copas de elocuencia. Así le habla de volver a hacer del Mediterráneo un lago romano; y del Adriático, una laguna véneta; de exigir mandatos coloniales en Marruecos y de recuperar la Savoya y los Alpes Marítimos, en los que está engastada la perla preciosa de Niza. Sólo que el juego ya es demasiado conocido. Es el procedimiento de todas las tiranías: hablar a su pueblo de grandezas externas, inbuirle de sueños desmesurados y locos, hacerle creer, como un niño, que va a poder jugar con la bola del mundo. Pero, ya está muy desacreditado el sistema: la Historia no puede retrotraerse. El Mediterráneo ya no es el eje de la civilización. Este eje fue desplazado por el genio de España hacia el Atlántico; y como la civilización sigue el curso del sol, el mar del porvenir será el Pacífico. ¿Cómo puede hablar de acaparamiento del Mediterráneo por parte de una nueva Roma, si la misma Roma antigua apenas si pudo sujetarlo dentro del círculo formidable de sus águilas? En el Mediterráneo mantie-

ne intereses vitales la primera Potencia marítima del orbe: la Gran Bretaña. Otra Potencia de primer orden, Francia, es riberena de este mar. Lo son también naciones tan importantes como España y Grecia. Y buena parte del imperio colonial francés está bañado por esas aguas. Inglaterra tiene posesiones que no abandonará jamás, como Gibraltar, Malta, Chipre; tiene influencia en Egipto y el control del Canal de Suez, que es el paso obligado para el Indostán. En estas condiciones es delirar hablar de un acaparamiento del mar latino: la romanización del Mediterráneo no pasa de ser una *boutade* fascista.

También parece una *boutade* vasconceliana el llamar, en sentido figurado, como debe hablar hombre tan excelso, cloaca al sereno y luminoso mar que condujo en sus brazos de agua la barca en forma de cuna de la civilización. Sin este mar tranquilo y azul, constelado de islas peregrinas, como el cielo de estrellas; mar que enseñó a navegar a los hombres, llevándoles maternalmente, de una isla de ensueño a otra ensoñada isla; de una península divina, a otra divina península; la civilización occidental no hubiera podido ser. Supongamos, por un momento, que en la cuenca mediterránea, en vez de un mar bonancible hubiera puesto Dios un macizo rocoso, como el Cáucaso, o una estepa desolada, como la estepa rusa. ¿hubiera podido desarrollarse la civilización occidental, estando la Europa nórdica en plena barbarie, hasta bien entrada la Edad Media? Sin medios eficaces para salvar las distancias, para vencer los obstáculos o puestos por la fatalidad de la naturaleza, la primera civilización, que, indudablemente, tuvo su cuna en Asia, no hubiera podido avanzar, terminando por extinguirse. La civilización se expandió por haberse encontrado con un mar, sendero innumerable; y ¡con qué mar, con un mar azul y terso que invita a navegar!

Fenicia es como una barca en la que va la cultura. Sidón y Tiro son como dos proas que se adentran en el Mediterráneo. De allí partieron las flotas primitivas que llegaron a ocupar las mejores radas de las islas y de los Continentes mediterráneos. Los fenicios establecieron factorías, estaciones navales. Fueron piratas. Buscando por el norte la Colquida, se adueñaron del Archipiélago del Egeo. Luego, en África fundaron Hipona, Cartago, Utica; en España, Gadex, Almería, Málaga. Cambiaron golpes y mercancías con todos los pueblos costaneros y a todos llevaron los

elementos de su cultura. Erigieron templos y monumentos a Ammon, dios del fuego, creador y destructor, y a la casta Asaribé. Pueblo inquieto y aventurero, tenía el robusto pensamiento de los egipcios y de los asirios, el sentido suntuario. Con las púrpuras de Tiro, con sus vasos pintados, con sus ánforas eurítmicas, que, después copiaron los griegos, con sus cristales, con sus bronceos y marfiles, primorosamente trabajados, llevaron el alfabeto y los números, la arquitectura y la náutica: los gérmenes fecundos de la civilización.

Los Pelasgos rudos y fuertes pasaron por mar, del Asia Menor al Archipiélago y a la Península Griega. Los supusieron descendientes de Hellán, y de aquí su nombre de Helenos. Aquel era un pueblo heroico: cada ciudad tenía su héroe representativo. Theseo era el de Atica; Edipo, el de Tebas; Perseo, el de Argos; y Hércules, el de toda la Grecia. Estas ciudades luchan entre sí; luego, luchan y vencen a los Persas. Luchan por tierra y mar. Sus tradiciones más gloriosas, la expedición de los Argonautas, la guerra de Troya son tradiciones marítimas. Su religión es la exaltación del hombre: su Olimpo está entre el cielo y la tierra. Sus dioses tienen las formaciones y las pasiones humanas. Los dioses favorecen a Atenas y la hacen prevalecer. Bajo su hegemonía se enciende el sol de Pericles. El pensamiento humano jamás voló tan alto como en la Grecia antigua. Ninguna lógica ha podido superar a la de Aristóteles. Ninguna metafísica, a la de Platón. A la Moral de Sócrates, sólo pudo superar la moral de Jesús. Ningún poeta puede medirse con Homero. Ningún trágico tiene la sobrehumana emoción de Eurípides, Esquilo y Sófocles. Ninguna gracia como la gracia sublime de Aristófanes. Y en artes plásticas, allí se dió lo insuperable: partenones y acrópolis, frontones y frisos, venus y apolos, dianas y laocontes. Los griegos, con Pitágoras y Euclides inventan las matemáticas como ciencia aparte; y con Galeno, la medicina. ¿Qué verbo ha sonado más alto que el de Demóstenes. Y ¿qué grito ha conmovido como el grito de Safo? Aún la ciencia y el arte se expresan con el idioma de Grecia. Todo lo demás que ha alcanzado la civilización han sido aplicaciones de los grandes principios descubiertos por el pensamiento griego; progresos de la técnica; dominio de las fuerzas naturales. Pero, ninguna espiritualidad, como aquella espiritualidad...

Roma no tuvo pensamiento filosófico ni

pensamiento estético original. Fue una fuerza de expansión, de asimilación, hasta el punto de haberse bebido todo el pensamiento griego. Si en algo demostró su personalidad originaria Roma, fue como creadora del Derecho positivo. Esa fuerza avasalladora que quería abarcar el mundo, y que iba henchida de gérmenes de ideas tomadas de todas partes, necesitaba de un camino amplio y abierto a todas las audacias. Este camino infinito fue el Mediterráneo: en su seno se mantuvo durante siglos el eje de la cultura, que en vano el genio de Alejandro el Magno había intentado llevar de nuevo al Asia. No se puede volver a sus fuentes la corriente incontenible del río del saber, ni sujetar al sol de la civilización en su carretera hacia occidente.

Por el Mediterráneo penetra el mundo oriental en el occidental. En el crisol de España se funden las dos almas. El Oriente se agota y agoniza en Bizancio. Ostrogodos y Visigodos pugnan por asomarse al Mediterráneo. Al fin, Carlo Magno logra formar el Sacro Imperio Romano de Occidente. La Edad Media palpita en el Mediterráneo, que es el camino de las Cruzadas. En sus riberas, entre frondas de olivares y viñedos, se alzan, blancos, los monasterios, en cuyos claustros las pálidas manos de los monjes copian, durante siglos, en folios de pergamino, los papiros de la antigüedad, salvando así del naufragio del olvido toda la cultura clásica. Y en la más bella Península del Mar Latino florece, más tarde, el Renacimiento. Fue el fulgor postrero, la reviviscencia del Fénix pagano que surgía de sus cenizas entre llamaradas de sol.

En la alta noche del siglo XV y cuando se presentía ya la aurora, gravida de promesas del siglo XVI, un navegante misterioso e iluminado, de ignorada cuna, protegido por una Reina castellana, genial y ranta, iba a violar, con un puñado de audaces españoles el arcano del temido mar de occidente, del "pielago tenebroso", enigma de los antiguos, terror de los medievales. De un pequeño puerto andaluz, con un gran gesto de corazonés con alas, se lanzan a lo desconocido las tres carabelas españolas. Encuentran un Nuevo Mundo más pródigo y desbordante que el Mundo antiguo. Y, entonces se desplaza el eje de la civilización hacia el Atlántico. Sobre ese eje han pasado tantas proas, rubricándolo con afirmaciones definitivas, hasta hacerlo saltar al cielo en alas de Franco y en la hélice de Lindbergh.

El impulso civilizador de Francia y la



El Viejo Puente de Marsella

ciencia de Fernando de Lesseps habían puesto, en el siglo XIX, en comunicación el Mediterráneo con el Mar Rojo. Ya no había que hacer el viaje de Vasco de Gama. El tajo de Suez pone en contacto el Oriente con el Occidente. Las especias, los perfumes, las maderas, las plantas del Asia se cambian por las máquinas, las manufacturas, los libros de Europa. El comercio universal tiene, efectivamente, un magnífico camino.

Y este carácter de camino, cuya clave de Suez no ha podido conservar la Francia, es lo único que ha querido ver ahora, al referirse al Mediterráneo, el excelente, el excelentísimo Presidente de la República francesa: "*Le Méditerranée est une grande et pacifique voie d'échanges commerciaux et de communications internationales*". Así oímos decir de sus labios, aquella noche de primavera, en el banquete del palacio de la Bolsa de Marsella.

Pero, el Mediterráneo, aunque ya no radique en él el eje del mundo es más que una simple vía comercial. Y, aunque mu-

chas cloacas reciba, él las purifica. El mar de la cultura clásica es el divino mar de los prodigios, por cuyos ámbitos el espíritu humano ha irradiado sus más refulgentes esplendores. Si en una época fue el mar romano, ahora es y será el mar de la humanidad rectificadora, de la civilización en marcha... Mirando con los ojos del alma las perspectivas, los horizontes mediterráneos, se diría ver, risando la tersa superficie marina, en lontananza, antes que la flota agresiva y conquistadora del Consul Duilio, la divina barca de la Belleza y del Amor, como en el mágico cuadro de Sandro Botticelli... Una enorme concha de nácar va, dulcemente, impulsada por los céfiros, sobre las aguas azules y luminosas, llevando erguida a Venus Afrodita, desnuda y palpitante, hacia una ideal Citeres....

César E. Arroyo

Marsella, estio de 1927

PRONTUARIO

de ALFREDO S. AGUIRRE;

FRUTO DE UNA EXTENSA Y ARDUA LUCHA DE ESFUERZO MENTAL.

Va autorizado el trabajo con el informe de cuatro Contadores Comerciales que desempeñan magníficos cargos en Quito, los que han hallado grande mérito en esta obra NUMÉRICA.

Se encuentra de venta, en las Librerías de la Capital y en las demás Provincias.

POEMAS

LA EDAD MUERTA

Albor de adolescencia! Ah la loca alegría
juvenil de los años que no sienten la vida!
La vida que era entonces una fruta prohibida
que imaginaba dulce nuestra glotonería....

Días de Jorge Isaacs y de Alejandro Dumas.
La escuela... los precoces ensueños imprecisos
que se desvanecieron como copos de espumas....
La novia colegiala que nos dejó sus rizos!

En las horas maduras una bandada errante
de pueriles recuerdos surge en nuestras memorias
haciendo que miremos aquella edad distante....

Cuando sencillamente creíamos en todo:
el bien... y los amigos... el honor y las glorias....
sin saber que sólo era la humanidad de todo!

MIRADA URBANA

Suburbio: calles tristes
y sucias...
en donde la Señora
Misericordia
pasea su cortejo de infinitos dolores!

El sol en el suburbio saca de sus viviendas
a las mujeres viejas,
a los niños enfermos y los mendigos trágicos
para hacer en las calles acuarelas de Goya.

Suburbio: flujo eterno
del mar de la ciudad!
Gente pobre y humilde!
Tabernas de truhanes y burdeles horribles
para el vicio mendigo
y las injurias negras!

En la noche el suburbio lanza al cielo indolente
su alarido de espanto
agonía y dolor!

Antonio Montalvo

Quito, Ecuador

Prosas de Max Jiménez

Mar

Es el mar continuación del cielo.

El cielo se pasa las horas vistiendo y desvistiendo el mar, su molde es a base de los siete colores: de rojo, de fuego, de plata, de árbol...

El ropaje en las auroras es de fiesta; de gala en el crepúsculo. Durante la noche, queda desnudo y espera las túnicas que ha de probarle el Sol.

Tiene el mar, como los hombres, un perpetuo ir y venir. Se levanta, transparente, y como única recompensa de su monótono trabajo encuentra un fin de espumas blancas... así como los hombres.

Las Lanchas

Las lanchas no pertenecen ni al mar ni a la tierra. Son un problema.

Generosamente se dejan mecer por las aguas.

Se levantan, se ladean, se consumen... Diríase que se pasan la vida tratando de adaptarse al mar.

Se enfilan; creen que van a hacer un largo viaje y así: encontrar su solución...

Noche

La noche es triste porque al llegar, las cosas se van...

Confirman: el árbol, la montaña y la casa, nuestra existencia; desaparecen al obscurecer; entonces, somos menos.

Los funerales de la tierra son negros porque como en la noche todo se va...

Las luces en la ciudad son como estrellas de la tierra y sus rayos — tentáculos de luz — penetran temerosos en la obscuridad...

Los focos manan luz, y algunas nubes han creído que es un fin crepuscular.

De rosa se han teñido.

Las noches son tristes, porque como en los funerales de los hombres, todo se va...

Castillos en el Aire

Divina vida. Imaginación que matiza la realidad de la existencia.

Castillos en el aire. Recuerdos de tiempos felices. Ilusiones del mañana...

Exaltación del momento que pasa, y hace subsistir una existencia, lo que sólo fue un instante.

No esperar fortuna ni amor; levantar castillos. Imaginar es el principio de toda realidad.

Tal vez un día, descenderéis desde esa cumbre a que os lleve la imaginación, para estrechar a la que sólo vivió en vuestros castillos.

Mas... si la amada no llega; si la felicidad os huye; nada podrá impedirlos soñar, soñar siempre, y levantar castillos, castillos en el aire...

Libertarse

Tendencia es de las gentes el convertir a sus semejantes en muñecos de utilidad mecánica. La inquietud les molesta.

El individuo que se aparta de la monotonía les es gravoso, y todo esfuerzo dirigen para reducir a quien lleva en sí ambición, en un instrumento unilateral del trabajo.

Habrà de luchar, redoblando el trabajo contra el orden mecánico; es el que nos da la vida y el que nos hace sentirla.

¿Y si estos días no fueran precedidos, ni seguidos por otros? Ante esa duda, la respuesta será: vivir, sentir del árbol, de la fuente. El pensamiento ennoblecido verter para nuestro regocijo en la piedra, en la tela, en la página, todo ello matizado por nuestro ser; por nuestra personalidad.

Ritmo de la Felicidad

Definidos deseos para el futuro, ideas que concebidas hoy tratan de formarnos

norma de conducta para la vida, sólo son infelices rebeliones contra lo inevitable: el destino.

Marca, invariablemente, el ritmo del universo, su cruel derrotero, sin detenerse un instante, cuidándose bien poco de que este valle lo llamemos de lágrimas, indiferentes a las pobres almas que han perdido su órbita, lejos de la perfecta armonía que habrá de existir para el sostén del todo.

Nadie en la tierra siente perfección, en cuanto reza felicidad. Aportan los primeros conocimientos miedos al más allá y la muerte que no puede resolver la sabiduría, igual miedo es para todos.

Conscientes de que la vida es inútil y conocedores de causas que motivan profundos ayes, nos hacemos cómplices del perpetuo devenir.

¿Serán estos días en la vida, de prueba? ¿Preparación de otra existencia? ¿Es el destino, látigo que acentúa la crudeza de estos lares para darnos a gustar allá... mucho más allá, el ritmo, el que todos ambicionamos, el ritmo de la felicidad?

Nuestra Parte

Penetrar en nosotros mismos, sería penetrar los misterios de la naturaleza, y ello, es vano esfuerzo, siendo nosotros una de sus partes.

Caso sea, el de una parte que pueda darse cuenta de su acción al formar un todo, pero de ese todo y su finalidad, nada, absolutamente nada sabe.

Para darnos cuenta de la naturaleza necesitaríamos ser un factor fuera de ella, dicho sea, espectadores del concierto universal.

Somos efecto y en ello tenemos que vivir; nada sabremos nunca de la causa.

Acaso el sabor de nuestra parte, nos lo dan a gustar los sentimientos; vivamos en ellos, en el más alto, en el amor.

Música

Nos recuerda la música que somos artistas...

Lira de un sólo tono es el corazón de

los amantes, es un mismo vibrar que a dos conmueve.

El alma se alimenta de música, es su dueña; la armonía eleva todos los sentimientos, reina es entre las almas.

Clarines despiertan el valor, que sostiene cada redoble de tambor marcando el deber.

Es música, la sideral, que hace eco en los artistas. De su mano los lleva por las altas esferas...

El alma se alimenta de música... y de amor.

Vidas de Corral

A Carlos Luis Sáenz

Una vez había un gallo; lo vendió su ama a una vecina; recibió por el bipedo muchos reales, reconocido como era, lo bien que llenaba su cometido; con aquel animal, gallinas poco preocupadas de su obligación se convertían en dechado de pródiga fecundidad.

Aquel gallo, que lo era de patio, en el nuevo corral se fué tornando desganado, taciturno, pelecón, sus cantares alarmaban el gallinero; eran gritos desesperados: lo perturbaba, lo estaba matando otro, otro gallo que toda la vida se la pasaba encima de la chimenea vecina. ¡Ah! si bajara, bien le iría...!

Una aurora lo vió más preocupado que de costumbre. En un acto de violencia se lanzó contra el de la chimenea; las pobres alas arraladas de sufrir, de nada le sirvieron: dió contra el suelo en forma brutal. Agonizante, hacía ruidos extraños; y lo peor, a las gallinas poco les importaba que muriera aquel inútil.

Su última mirada, de odio, fué contra aquel maldito, tranquilo, eternamente sobre la chimenea. ¡Ah! si bajara... ¿pero él? se moría... se moría...

Sara José, Costa Rica

Max Jiménez es un espíritu nuevo en las letras costarricenses. Su libro «Ensayos» título modesto—, nos revela una inteligencia robusta y renovadora. Habla de las cosas de la vida con un encanto raro que sugiere. Su frase breve, ágil y rítmica, nos da la impresión de un artista que en la fiebre de un minuto puede darnos una obra magnífica. Obras de valor dará Jiménez a las letras americanas.

I F I G E N I A

(Fragmento del Capítulo V)

*Tiene también epicallos egípcios, como
ventanas abiertas al campo, que dan paso
al soplo primitivo de América.*

Genaro Zaldumbide

Y PARA demostrar mejor ante mi propia conciencia la verdad de semejantes afirmaciones, y la fidelidad de mi amor hacia Gabriel voy a transcribir aquí esta pequeña escena ocurrida hace dos tardes junto a la margen del río.

Yo me hallaba sentada como acostumbro en la gran peña que cierra y protege el remanso del pozo. Mis pies casi tocaban el agua; me había puesto en el sombrero una rama de trinitaria muy llena de flores, y me entretenía en echar a navegar las cáscaras de unos mamones que, desde la cúspide del árbol, Perucho me había arrojado en la falda. Era un copioso racimo verde que yo desgranaba lentamente. Una vez separado el grano, cortaba en dos la cáscara; despojaba el hueso con mis dientes, despojado ya, lo ponía de nuevo en el cacarón convertido en barca; con cuidado de que no naufragase, lo echaba a flotar en el agua, y al mirarle partir río abajo, me imaginaba ver aquellas embarcaciones funerarias, que allá en la India, tripuladas por un cadáver descendían solitarias la sagrada corriente del Ganges.

Muy embebida estaba entregada a tan suaves y poéticas consideraciones, mientras que Perucho no se cansaba de correr y deslizarse como una lagartija por entre el laberinto de ramas, hojas y horquetas del gigantesco mamón. De pronto oí un estridente silbido que me hizo levantar la cabeza. Era Perucho que montado a caballo sobre una rama altísima, con los pies descalzos suspendidos en el aire y las dos manos formando bocina junto a la boca, solicitaba mi atención para gritarme tal y como si se tratase de algo muy indispensable y urgente:

—¡Oye, María Eugenia! ¿Sabes a quien te parece vista desde aquí arriba?...

—¡Pues con esa trinitaria en el sombrero, estás igual, pero igualita a la muchacha del cromo de las pildoras de Ross, ese anuncio que hay en la puerta en la botica de la esquina de casa, allá en Caracas!...

Como yo conoço el cromo en cuestión, y la muchacha es en realidad encantadora, semejante apreciación sorprendió mi amor

propio en una agradable emboscada, me distrajo de mi melancólica tarea, e iluminó repentinamente mi cerebro con sonrientes y placenteras ideas. La observación de Perucho me resultó mil veces más interesante que si me hubiese comparado con la Venus de Milo, cosa que tal vez había sonado en mis oídos como un lugar común incapaz de halagar mi vanidad; lo de las pildoras de Ross gritado desde la copa del mamón me pareció encantador y muy sincero.

Y para recompensar a Perucho de su oportuna galantería, ladeada la cabeza, con la vista hacia lo alto, por entre ramas y hojas le miré largamente y luego, iluminando mi expresión con una sonrisa que yo juzgué ser la más sugestiva de mi repertorio, le pregunté cariñosa:

—¿Sí?...

Y allá en la altura, tan claro se reflejó en el rostro de Perucho el efecto producido por la sonrisa y la voz de mi pregunta que pensé inmediatamente:

—¡Así hablaré y así sonreiré a Gabriel cuando le vea!

—Después eché en un golpe al agua el verde racimo de frutas que llevó la corriente; recosté en la piedra; y comencé a soñar mirando caminar el río.

Como si hubiese tenido la influencia de esas drogas, alucinantes y embriagadoras, el diálogo cortísimo, sostenido con Perucho, despertó en mí el recuerdo de Gabriel tan vivo y tan violento, que lo sentí moverse en el río, en los árboles, en los pájaros, en Perucho, y en todo aquello que se movía y que me rodeaba; lo sentí después dentro de mí, lo sentí tan hondamente, que tuve la fantasía de escribirle allí mismo, una carta sincera y estrafalaria en donde le contase toda la alegría todo el suplicio de mi amor...

Y alcé de nuevo la cabeza, volví a mirar la altura, con mis dos manos formando bocina llamé a Perucho, y lo mismo que él había gritado unos minutos antes, le grité yo a él:

—¡Oye Peruchito! ¡Bájate un momento de esa mata, ve donde los caballos, saca de la silla del mío un libro que tiene aden-

tro lápiz y papel; y me lo traes que quiero escribir una carta!

Cuando regresó con el libro y el recado de escribir, le recomendé en una amable súplica:

—Ahora te quedas quieto, y no me llares porque me modestarias. Yo no puedo escribir cuando me hablan.

Y sobre la piedra del río, con el libro por cartera, y mis rodillas por escritorio, limando de tiempo en tiempo en una peña vecina la punta de mi lápiz cuando se hacía muy roma, mientras duró la luz del día estuve escribiendo, y escribí febrilmente esta carta, que tiene la loca sinceridad de todas las ardientes y silenciosas cartas de amor que nunca se envían. En ella retraté la suave verdad de la naturaleza que me rodeaba, dentro de la verdad de la naturaleza, también retraté la verdad de mi alma, con el puro impudor con que nos retrata el agua, y con la fresca desnudez de aquellas piedras que estaban tomando a mi vista su eterno y rumoroso baño de río.

Y es así más o menos como dice la carta que escribí aquella tarde sentada sobre la peña y con mis rodillas de escritorio:

Gabriel:

Yo te quiero, porque un día, me dijiste con palabras que tú me querías. Te quiero, porque antes de decirme lo con la claridad de las palabras, me lo habías dicho ya con la claridad de tus ojos que son para mi alma las dos lámparas siempre encendidas que titilan a lo lejos de su noche. Te quiero, porque tu recuerdo está cerrado dentro de mi memoria, y ella lo guarda en silencio con la sumisión fragante y muda conque el cofre de sándalo guarda la joya. Te quiero, porque vives y te mueves en mí, tan animado y tan hermoso como si yo fuera el espejo inmóvil y tú fueras la viva imagen que en él se asoma y se contenta. Te quiero, porque mi alma se ha asomado también sobre la tuya, y al mirarse a sí misma, se ha estremecido de sorpresa como la corderilla sedienta que por primera vez, mira blanquear su vellón en el remanso.

Gabriel: tu amor se ha venido conmigo, y es en tu ausencia el pajarillo cantor que viaja prisionero dentro de su jaula, brinca bullicioso en la estrechez de los barrotes y canta en sus gorjeos: ¡Ah! si viera algún día la mano poderosa que me abriría la jaula!

Tu amor, Gabriel, se ha venido conmigo, se ha traído al desierto toda su cosecha de rosas, ha tejido con ellas una blanca ghirlanda, y la tiene clavada en mi corazón con los mil clavos agudos de

unas espinas. Las espinas se han teñido de sangre, y mi corazón las bendice, las acoge en su blando regazo y bajo los mil agujones, dolorido y embriagado de perfume, se ha quedado inmóvil, no fueran a deshojarse las rosas.

Gabriel: Con la aureola de tu amor sobre la frente, caminando por la aridez del camino, te miré venir hacia mí, y tú eres desde entonces el dulce Mesías de mi alma. las huellas de tus sandalias al pisar sobre el polvo, me han trazado una senda de esperanza, y corro por la senda en pos de tí; voy rendida y sedienta, pero voy animosa, porque pienso en las delicias del vino de Canaán, y espero saciar mi hambre en la abundancia milagrosa de los peces y los panes.

Tú eres el dulce Mesías de mi alma, Gabriel, y tu amor es el agua del Jordán que me ha redimido para siempre de las prisiones del Limbo. En la abstinencia y en la soledad de mi desierto, yo bendigo tus dos manos tan gentosas y tan buenas como las manos de Jesús, porque ellas se extendieron un día sobre mi frente, y abrieron a la vida estos dos ojos que estaban cerrados y a oscuras como los ojos del Ciego de Nacimiento.

Tú eres el dulce Mesías de mi alma, Gabriel, yo bendigo la misericordia de tus pies que te trajeron a mí. Como los pies ungidos de Jesús llevaron a la casa de Jairo, así también los tuyos te entraron a la casa de mi alma, la hallaste pálida y dormida en el blanco sudario de su inocencia y también le dijiste: "¡Levántate!" Pero tú, Gabriel, no has tenido para el milagro la piedad generosa de Jesús, porque a mis ojos abiertos les has quitado el sol que ellos anhelan, y a mi alma despierta le has dejado sola y encerrada en su casa.

Gabriel: tu amor se ha desposado con mi alma, vive junto a ella y con ella se agita a todas horas en la prisión de mi cuerpo. Cuando aceroo mis dedos a las sienas escucho el revoltoso aleteo de tu amor dentro de mí, y como el pájaro prisionero a quien dejaron abierta la puertecilla de su jaula, lo siento posarse muchas veces en la puertecilla abierta de mis ojos, oigo el rasguear de sus alas en el aire, y un segundo después lo miro volar arrogante y feliz por la libertad del campo.

Sí, Gabriel; cuando estoy sentada en mi peña del río desde la cual te escribo ahora, tu amor revolotea al rededor por todas partes. Es él quien canta para mí la canción del agua sobre las piedras; él quien

corriendo a toda prisa se lleva el río de la mano en una carrera loca, llena de tropezones; él quien le pone al agua esos labios frescos y turbadores que algunas veces se suben a la peña para besarme furtivamente los pies y a su contacto mi cuerpo entero se estremece de sorpresa y de placer; él quien se arregla tan lindo y con su sombrero de paja lleno de flores, se asoma en el pozo, me saluda, y me remeda tan gracioso, cuando yo, sedienta de mirarlo, me inclino sobre el río para buscarlo en el agua; es él quien se sube a las matas, y me llama desde arriba cabeceándose en las ramas; él quien se sienta entre las dos alas de la brisa para besarme los ojos y acariciarme los cabellos cuando volando sobre la alegría de mi caballo a la hora del crepúsculo vuelvo a la casa; es él quien se esconde por las oscuras encrucijadas, y con la voz del eco me contesta si yo lo imploro a gritos desde la hondonada de los cañotes; y es él quien se viste de negro, se asoma a los ojos de mi primo Perucho, y animado y brillante, me llama y me hace señas de amor, como la madre a su niño, para que yo le sonría.

Gabriel: sentada en la peña del río te escribo hoy porque quiero contarte que sobre la blanca belleza de mi cuerpo, he visto florecer de pronto la inmensa abundancia de la Primavera. Agobiada de flores, con el regalo de mi amor entre los brazos yo te espero impaciente noche y día, y en la esperanza de mi espera, soy en tu ausencia, como un oasis perdido en la mitad de un desierto.

Junto al borde del camino, con mi regalo de amor entre los brazos, te espero Gabriel todos los días, y mi amor al presentirte abre los ojos, brinca de alegría, y quiere salirse de mis brazos para correr a tu encuentro, como el cabritillo travieso que ha escuchado a lo lejos la esquila de su madre.

Gabriel: te escribo porque no puedo ya más con la carga de mi secreto, y para que vengas a llevarla conmigo, quiero decirte que tu amor es para mí la hermosísima canción de un Cantar de mis Cantares.... Tu boca que es tan Sabia y tan Gloriosa como la boca de Salomón, se acerca muchas veces junto a mí, me roza los oídos con su aliento, y me lo canta muy bajo para que yo lo escuche y nadie más pueda oírlo.

Como la Sulamita, Gabriel, yo también tengo aprendidas las palabras del Cantar, y como ella te llamo a todas horas en mi soledad y en mi canción te digo: "Cuando el día refresque y las sombras des-

ciendan, vuelve, vuelve, Amado mío, Hermoso mío, como las corzas y las gamas en el monte de Beter"... Pero tú no me escuchas, Gabriel; la voz que canta mi cantar se ha perdido muchas veces en la obscuridad de la noche, y porque quiero levantarla más y más hasta que llegue a la cumbre de tus oídos, te la envío volando presa entre las alas de esta carta.

Gabriel: en el desierto abrasador de tu ausencia, eres tú mi Glorioso Salomón; y yo soy tu rendida Sulamita. Tendida estoy sobre el ardor de la arena, y cubierta con mis joyas y abrasada por la sed, vigilo atentamente el horizonte porque yo quiero ser la primera en ver lucir a lo lejos el brillo de tu palanquín, mi Triunfante Salomón.

Yo soy tu amorosa Sulamita, Gabriel, y para la fiesta del amor conquie te aguardo, he vestido ya mi lindo cuerpo con la pompa de la desposada en el Palacio del Rey.

Y soy tu doliente Sulamita, Gabriel, y para el suplicio resignado de la espera, he vestido también mi callado tormento con la humildad dolorosa de la hierba que por las noches va pisando mi caballo en su carrera.

Gabriel: Con la pompa de la desposada y con la humildad de la hierba yo soy tu Sulamita y te espero noche y día mi Glorioso Salomón. Oye, oye bien esta voz que te llama en mi carta, Amado mío, Hermoso mío, baja a toda prisa como las corzas y los gamos del monte de Beter, y ven, ven a enseñar con tu boca el silencio de la mía, la hermosísima canción del Cantar de tus Cantares!

Y una vez terminada tan estrambótica carta, me quedé un largo rato inmóvil sobre la peña. La falta de luz me impedía leer lo escrito, y comencé a repararlo con la memoria, mientras que con los ojos veía parpadear los cocuyos y brillar de trecho en trecho la cinta bruñida del río. Unida a mi quietud y a mi silencio, la obscuridad poco a poco se fue haciendo más densa, hasta que al fin, se mezcló con las piedras, se fundió completamente con el agua, me estrechó más cerca; se abrazó conmigo; y yo sentí en mis brazos no sé si un frío que parecía miedo o si un miedo delicioso y cosquilleante que parecía frío. Por un instante, me creí enteramente sola con la obscuridad, y tuve un gran sobresalto, cuando cerca de mí la voz de Perucho dijo:

—¿Y cuándo nos vamos por fin, María Eugenia?

AMANECEER

A Felisa Gómez, fraternalmente

La mañana se desesperaba
 igual que una
 niña quinceañera;
 la niebla espesa era,
 una mano gris
 que desvestía
 el cuerpo marchito
 de las horas dormidas.

El río,
 enorme placa vidriosa,
 reflejaba, íntegro y fiel,
 al sol rubio,
 que por el balcón de los montes,
 se asomaba muy lento
 a saludar al día...

El viento,
 era la voz ronca de las cosas,
 era también el despertador;
 de los balcones de las casas
 sacaba a la noche;
 y de las intimidades de las alcobas,
 por las ventanas abiertas.

invitaba a salir
 al último rayo de luna
 que se quedó dormido
 en las paredes
 o en los pliegues de los cortinajes.

Los barcos,
 sobre el río manso,
 quieto,
 y rubio de sol,
 parecían urnas flotantes
 que algún muchacho travieso
 tiró al azar.

Los montes se doraban
 bajo el oro del sol;
 y los pitos de las fábricas
 anunciaban,
 desesperadamente,
 el resurgimiento grato
 de un nuevo día de acción.

Enrique Avellan Ferrés

Guayaquil, Octubre de 1927

Al orle recogí con avaricia y con susto, los tres pliegos escritos que blanqueaban sobre mi falda como tres claridades de luna; los escondí en mi seno; de la mano de Perucho saltando de piedra en piedra atravesé un pedazo de río, y los dos juntos, nos fuimos en seguida a tomar los caballos, que pisaban impacientes, bajo la noche profunda del matapalo....

Ya en la casa, durante la comida, mientras todos hablaban yo no decía una sola palabra: con la mano apoyada en el pecho, hacía crujir en secreto, contra la piel de mi seno, los tres pliegos escritos. Absuelta en lo más hondo de mí, los contemplaba abierto sobre mi alma, y los leía mentalmente. Me sentía feliz, aislada de todos, y en la sola compañía de mi carta. Esta a orgullosa por haberla escrito; orgullosa por haberme atrevido a escribirla, y pensaba con ansiedad y alegría en el efecto que iba a producir su lectura.

Pero un pequeño incidente de la conversación, no sé si por desgracia o por suerte, vino a sacarme de mi lírico ambiente al colocarme de golpe en un punto de vista absolutamente contrario al exaltado idealismo que había dictado mi carta.

Y fue que Perucho, quien, contra mi parecer, suele comentar en la mesa las pe-

ripecias de nuestras excursiones, se puso a referir lo acontecido en la tarde y dijo con entusiasmo romántico, cuyo verdadero sentido casi nadie interpretó:

—María Eugenia hoy, se prendió en el sombrero una rama de trinitaria que yo mismo le corté con mi machete al pasar a caballo por la enredadera del trapiche viejo. Con el sombrero llenito de flores se sentó sobre un peñón muy grande que está dentro del río, más arriba de la toma, y se puso a escribir una carta. Yo estaba montado en el copo del mamón, de donde se abarca un pedazo grande de río, y ella, sentada en el medio del agua, escribiendo en la peña, parecía desde arriba como cosa de cuadro. ¡Si yo supiera pintar, María Eugenia, me subiría con pinceles y todo al copo del mamón y te hacía un cuadro así!...

Y fue tan vehemente el entusiasmo descriptivo de Perucho, que los ojos de María Antonia, enormes y brillantísimos lo miraron un instante y sin que me quepa ni asomo de duda, comentaron indignados el proyecto del cuadro con esta breve apreciación:

—¡¡Imbecil!!

Teresa de la Parra

J O B

Alef

Como un viviente escombros de dolor, en la noche medrosa se tuerce la cancerosa figura de Job el idumeo.

Su lacerada carne despréndese a pedazos bajo los picotazos de un buitre, par de aquel que sobre un monte —ya hendido el pecho— le sorbió la sangre rebelde a Prometeo.

Beth

Job, el príncipe atento y noble más que todos los reyes orientales, fue opulento: bueyes tuvo sin cuento, y de ovejas lustrales, un mar en que la espuma fuesen los recentales.

De asnas con piel de argento y finos pies cebrados, innumeradas manadas, y enjazzadas filas de dóciles camellos de sabio andar y de cimbreantes cuellos.

Chimel

En leños de Setim se alzó vivienda y la chapó con oro de Helevilat. Ahora tiene por sola tienda una palmera, palmera compasiva que agita sobre el mirtir sus flabeles de amor y su tol de quimera y de sombra...

Oh! príncipe, tu trono es la raída estera, y tu reino, aquel lívido país que no se nombra.

Daleth

Satán el envidioso te hirió y caíste de la próspera cumbre al abismo, y midió tu heroísmo, en tu ser, todo el pávido horror de tu sima interior; el desdén que degüella a cercén la esperanza, y el olvido que avanza, que avanza con las fauces sedientas y su séquito de hortigas hambrientas.

He

Fue la luz asena odiosa a tu pupila torbia y ulcerada. Ni la mano sedosa de la noche; ni el alba nacarada palpacion dulcemente paré el dormir o el despertar, tu párpado roído por el llanto voraz que fluyó gota a gota, en el silencio oscuro; como el aceite impuro que se desliza, entre cripta fatal, de una lámpara rota que en el muro agoniza...

Van

Tu oído —memorioso caracol de la playa eternal en los mares divinos— captó para tu mal las bárbaras saetas que lanzó contra tí el arco siempre tenso de los labios mezquinos.

¡Mudo sufrir inmenso! ¿Quién oye el gotear que sin cesar instila de una infeliz pupila?

Nadie cuenta las gotas de sangre que al rodar hinchán ríos que de los corazones discurren hacia el mar.

Zain

Los amigos de Job!

Eliphaz.

Temanita

y Bildad el Suhita

y Sophar Naamathita

rodearon al pobre leproso con dolosa piedad cuya máscara ambigua la virtud arrancó.

Bajo el fuego vivaz que la carne mordía, la pureza crecía de ese humano crisol; se enalbaba el metal con hervir refulgente, y el escomburo doliente se doraba de sol.

Ieth

El silencio aguzaba el sentir, fecundaba la pena, desvelaba al olvido . . . y la rútila comba serena proponía a los ojos atónitos el enigma de Orión.

Grito inmenso brotó de la entraña del gigante caído que cruzó por los ambitos del desierto dormido y, rugiendo, llegóse al reclamo la afelpada fiereza de un león.

Teth

Y entonces vivió Job la sublime soberbia de su aficción sin par, y escupió a la protervia de los hombres efímeros, y adivinó que un cráneo no es para el mar, estrecho, y que la Eternidad —como cuaja la perla en su menudo lecho— puede cristalizar en instante fugaz y que el dolor tenaz y profundo va a Dios, como el globo errabundo que asciende arrebatado por el imán astral. Y en fúlgida demencia abrió las cataratas de su quebranto, y en veloz bandada, sus trágicas querellas como águilas indómitas volaron de su boca ensangrentada.

Yod

Y tuvo la intuición del Bien, y pesó la Creación con la vieja balanza de Jehová, y como insomne lámpara, sobre la inmensidad puso a oscilar su propio corazón. Y mientras de su cuerpo — antes membrudo y ágil y oliente a cinamomo, ungido con el óleo de las palmas, y fiero de vigor — se caía la carne macerada, y a lo largo de los huesos desnudos, los flojos ligamentos fingían el cordaje de un bajel despojado por la ira de los vientos; vencedor de su horrenda pesadumbre, su grandeza inmortal unificó en la cumbre el nácar de la perla y el de la podredumbre.

Caf

Lo traicionó la vida; se irguió más grande que ella; lo traicionó la sombra; se refugió en el púlico pabellón de la estrella; su compañera huyó; se consoló mirando los vaivenes de la voluble datilera, y un áspid insidioso que pasaba, miróle sonreír con la dulzura de la primavera.

Ostentaba su frente, en vez de guirnalda riente y joyeles galanos, un hirviente cintillo de tímidos gusanos. Encarnaba su ser los dolores humanos: el tedio que corroe, la zozobra secreta, la irrisión del vidente coprófago, y el titilar de la pupila inquieta y temerosa que ansía ver la meta más allá del abismo sellado de la fosa.

Lamed

Encarnaba su ser los martirios humanos, y con sus flacas manos plasmaba sin querer, entre negra tortura, la crispada figura del pesar irredento; musitaba el lamento sin fin de su amargura, al sonar de su horrible cadena, y la pena fluía cruel, como un hilo implacable de hiel sobre el labio tostado y sangriento, sediento de caricias y miel.

Men

Oh gigante sufrir! Oh velado gemir sin testigos!
Oh mentir de esperanza! Oh mentir de sonrisas y amigos!
Vuelva, oh! Job, tu rugir de león,
tu imperiosa demencia,
tu solemne valor,
el sereno saber de tu ciencia y
el secreto cordial de tu férvido amor:
porque todo creador en su seno recata un dolor
como el tuyo, inmortal...

Guillermo Valencia

LA OBRA Y LA VIDA DE LUIS BONAFoux

“**TRONOS vacantes**” de Pedro César Dominici es libro destinado a sobrevivir largo tiempo entre varias cosas admirables de América, porque en él, así las fulguraciones del entusiasmo por los mejores hombres de nuestro Continente, como las magnificencias de la prosa castellana, han adquirido la perdurable y consagrada belleza de los pedestales.

“No es un libro de Historia—dice en el prefacio:—ni es casi un libro de crítica”.

Es una colección de apasionadas admiraciones—“noble forma de soñar”— y de glosas en que el autor vierte sus recuerdos acerca de vidas y personas del pasado o que recientemente acaban de hundirse en la eternidad.

Tales estudios nacieron de una invitación del propietario del “Times” de Londres, Lord Northcliffe, para que colaborara en el Suplemento español que publica el gran diario inglés.

Domici quiso llevar al plano europeo los “nuevos valores”—los valores de América—para exhibirlos en su grandezza radiante. Y así, en vez de estudios generales sobre las cosas del nuevo Continente, habló de sus hombres más grandes y de sus espíritus más representativos: de José Enrique Rodó, Rubén Darío, Domingo Faustino Sarmiento, José Martí, Juan Montalvo, etc., etc.

Sugestivamente, el libro en que se reúnen estos opúsculos se ha llamado así: “Tronos Vacantes”. Porque aquellos grandes monarcas del pensamiento, del periodismo o de la poesía—José Enrique Rodó, Luis Bonafoux, Julio Herrera Reissig,....—dejaron vacíos sus tronos para pasar a los pedestales.

Ahora bien; entre los motivos de vivo entusiasmo de un lector, siempre habrá unos que exalten más aún que otros su pensamiento o golpeen más fuertemente su corazón.

De dos fervientes estudios consagrados por Sainte-Beuve a Bernardino de Saint Pierre y Juan Jacobo Rousseau, por ejemplo, el autor de estas crónicas preferiría volver a leer aquel que se refiere a Rousseau.

Así, de todo el libro de Pedro César Dominici, he arrancado, para mi dilección, la prosa consagrada a ese gran hombre de combate y escritor admirable que fue Luis Bonafoux.

A los otros, les alaban y recuerdan todos. Pero son pocos aquellos que se deciden a ensalzar fervorosamente la memoria de un hombre que levantó, con sus feroces artículos, muchas furias en su torno.

Luis Bonafoux vivió anegado en un mar de odios.

Pertenecía a esa falange de grandes periodistas que suelen gritar la verdad, por más tremenda que fuese, a los más poderosos y a los más envanecidos. Escribía conforme solamente a los dictados de su conciencia, y, como todos los escritores combatidos, personalizaba con habilidad singular. “Bonafoux—escribe Dominici—personalizaba adrede las más agrias polémicas, produciendo la alegría de los lectores y la cólera de los aludidos: dejando con frecuencia tras sí rencores, pasajeros, unos, indelebiles, otros”. Sintetizaba en nombres propios—agrega— las doctrinas y los ideales; de ahí que fuese sobre los hombres, que volcase con mayor encono su ingenio en la diatriba y la ironía”.

Pero el cronista de “El Heraldo de Madrid”, a quien unos juzgaban un tigre en la vida privada y en el íntimo recogimiento espiritual, era un hombre bueno y generoso y poseía sentimientos de nobleza profunda.

Con Dominici fue amigo merced a un dolor común: la muerte de Emilio Zola, que en alguna etapa histórica de Francia “il fut un moment de la conscience humaine!”, según opinión de Anatole France.

La obra destructora de Bonafoux— y

que, sin embargo, corresponde a un anhelo perfectamente constructivo, según observa Domínguez, — va pareja a su vida: él es uno de los pocos escritores que a las violencias de la pasión escrita, unió las tempestades de una vida valiente.

De Puerto Rico se fue a España, y de España, por un enojoso incidente con cierto ministro, pasó a vivir en Francia. Hay que anotar, de paso, que tampoco de Puerto Rico salió por voluntad propia: un virulento artículo sobre las costumbres de los nativos fue la causa de su expulsión de aquel país.

En su retiro de Francia varias veces le fueron a buscar los duelistas, y desde allí mandaba, casi simultáneamente, la dinamita de sus crónicas a Madrid, la Habana o Barcelona.

Conversar con él—dicen los que le trataron,— era leer sus artículos. (A este respecto, debemos a Gómez Carrillo el conocer una que otra expresión gráfica del gran escritor, que le caracterizan notablemente).

Y como escribía él así, cuanto él decía y pensaba, resultó que un día Francia, la libre, la revolucionaria, llegó a verle con desconfianza. También en el gran país no faltaban polichinelas en la política, personajes grotescos, ideas y procedimientos en abierta pugna con la razón, con la moral, y con todo aquello que Bonafoux creía lo bueno y honrado. La tradicional cendeza para pintar situaciones, descubrir ridículos y protestar por el abuso o por la infamia, no fue omitida por el famoso escritor al referirse a las cosas de la amada, respetada y muy civilizada Francia, que se debatía con el enemigo secular, poniendo en el empeño del triunfo toda el alma y la vida...

Y así pronto llegó a ser elemento estorbo para ese Gobierno—"que simbolizaba brutalmente todo un egoísmo histórico".

Invitado, con molesta frecuencia, a comparecer ante Prefecturas de Policía, y hostilizado por intrigantes y aduladores de la burguesía francesa, asqueado y dolorido hasta lo infinito, emprendió, entonces, su marcha a Londres.

Domínguez, en su estudio, se ha detenido en este particular para hacer consideraciones sobre la enorme pesadumbre y la inquietud que sobrevienen del abandonar una tierra querida donde florecen millones de dulces recuerdos, y de llegar por primera vez a un país desconocido, con lengua y costumbres distintas, y precisamente cuando el desterrado siente que la vejez toca a sus puertas invocando la placidez de algún amado refugio!...

En Londres Bonafoux pierde a su compañera: siente en pleno pecho la herida, y, al fin, en una fría tarde de la gran ciudad brumosa, también él, el batallador que fue indomable, es conducido al cementerio por sus hijos y unos pocos amigos.....

Otros escritores, que fueron retumbantes y valientes apenas desde el escondrijo de las redacciones, y gozaron, a cubierto de todo peligro, del gran espectáculo que ofrecían sus destrozos desde las baterías ocultas, no alcanzaron nunca la justificación que Latis Bonafoux, poniendo en el combate el alma y la vida.

Todo en él daba la impresión de un ser cosmopolita y original, desde su nacimiento—que fue en una aldea francesa, cerca de Burdeos,—hasta su educación—que fue, casi por partes iguales, para la niñez, la adolescencia y la juventud, en Puerto Rico, Salamanca y Madrid.

Mucho literato español, desde Clarín para abajo, fue enemigo mortal de Bonafoux. Igualmente lo fue gran número de periodistas y casi la totalidad de políticos de aquí y allá.....

Seguramente, pues, la noticia de la muerte del iracundo cronista fue recibida por millares de corazones con algún regocijo íntimo.

¿Y por qué razón?

Había escrito Bonafoux brillante y abundantemente sobre muchas reputaciones falsas y engreñimientos, y había tocado de cerca las ridiculeces o infamias que encontraron sus ojos escrutadores e implicables en mucha cosa sagrada, en mucho ídolo de barro que había merecido la reverencia del medio mundo. Era un iconoclasta y un inmenso talento emancipado.

Muchos lectores de esta nota literaria, recordarán los títulos de las colecciones de crónicas de Bonafoux, el bilioso y el "acerata": "Bilis", "Yo y el plagio Clarín", "Bombos y palos", etc., etc.

En la constelación de periodistas luminosos—Enrique de Rochefort, Stead, Casagñac, Maximiliano Harden,—es Luis Bonafoux otra unidad que nos asombra con la energía de sus ideales y la entereza de toda su vida.

Oscar Efrén Reyes

Ambato, Ecuador

FELIX B. VISILLAC

Para la Revista AMÉRICA de Quito

FELIX B. VISILLAC, colaborador habitual de "Fray Mocho" y "Caras y Caretas" y autor de varios volúmenes de versos, goza de singulares simpatías en el ambiente literario del Plata.

Este hombre sencillo en que se encarnan la más dulce imaginación con el más alto sentido de las realidades, es un personaje eminentemente representativo de una vieja raza, en la que los bruscos despertares, los movimientos libertadores y los acontecimientos imprevistos obligaron a buscar un refugio en el encantamiento de un sueño consolador. Félix B. Visillac encarna la dulce poesía del poeta intuitivo de nuestras pampas, poesía natural elevada por encima de las contingencias del cotidiano vivir. Los años han nutrido su verbo sin apagar nunca su ardor, su inspiración descubre sin cesar el fondo de su pensamiento como esas aguas transparentes y limpidas de los arroyos y lagunas bonaerenses que dejan ver las profundidades en las que, la poesía de la raza gauchesca ha recogido como el eco de un pasado de misterio y de gloria, el último sueño de las correrías libres en la llanura sin fin. Lo característico en esta imaginación es el percibir más allá de los obstáculos pasajeros el dominio ilimitado de lo posible. Esta fuerza superior da a los hombres que la poseen el poder para triunfar en las dificultades que asustan o detienen en la primera tentativa a la gente pusilánime o sin carácter. Sólo así puede embestirse vigorosamente por las rutas del idealismo realizador. Poesía quiere decir creación. La imaginación creadora es la obrera de lo nuevo, cambia, matiza, empuja. Y es poeta por cierto el que sabe descubrirla, cogerla, explotarla. Visillac lo es, él canta la dulzura de la vida y el encanto de su tierra, estos versos traen el aroma de las pampas y el libre ritmo de los vientos del río que soplan en la tierra sin límites. Pero al mismo tiempo que es más y más la resonancia de un alma blanda y soñadora, en forma entusiasta expresa sus sentires, lo mismo los suaves de-

seos y los más altos que las más tenues vibraciones con su temblor y su armonía; especialmente sabe dar cuerpo admirable a estados de ánimo vacilante entre sollicitaciones encontradas con el tono principal, da también tonos más suaves y en el impulso artístico sabe despertar el anhelo de lo mejor, una tendencia a la soledad y una muda melancolía. Todo esto no se realiza sin arte, pero el arte se esconde con bastante habilidad para presentarse como el distintivo más puro:

*Yo no sé hasta cuando has de quereme, llama interior, no predice mi destino tu fin,
cada día que hoye aumentas más mi hebreo,
aviva mi sentir!*

El sentimiento del amor ofrece en general un carácter sentimental, el amor parece respirar por todas partes pureza y paz pero en su calma y silencio parece imprimir en su alma un sentimiento de melancolía:

*Hey golpeé los portales de mi alma
tu amoroso recuerdo!
Yo estaba en mi escritorio hojeando un libro viejo
y mi hermano, el silencio,
me escuchó lo mismo que un lebrón invisible
mitigando mi tedio!*

Pero con todo el sentimiento amoroso le da un apoyo más firme y un contenido más rico al perseguir más allá del sentimiento puro la totalidad de una vida completa y buscar en la armonía de todos los esfuerzos un ideal humano esencialmente humano:

*Arroyo pequeño
que cantando estás,
nunca tus cantares
dejas de entonar.
Hace mucho tiempo
que mi boca está
sedienta y mis ojos
buscan claridad;
beberé tus aguas,
dejaré de andar
para que tu acento
calme mi ansiedad!*

DELIRIOS

Alma, el verso que siento ya no puedo escribirlo;
este dolor amargo a fuerza de vivirlo,

ha sembrado en mí el pulpo de una tristeza idiota.
La hormiga del trabajo, todo ideal agota.

La vida es por el hambre un taller verdadero.
donde el poeta tiene que volverse un obrero,

empuñar el martillo y ser un hombre fuerte
antes que la miseria nos empuje a la muerte.

Que por este divino don que hemos recibido
solamente encontramos el dolor y el olvido;

pues de nada nos sirven nuestros panes celestes
si nos rodean de hambre sus poderosas huestes.

Hechos de carne somos y nuestra boca es más
hambrienta que la boca triste de los demás;

sedientos de idealismo y mendigos de amor
damos nuestra semilla más fecunda al dolor.

Alma, con lo que aún no te roba la vida,
perfuma la miseria de esta carne podrida,

que mi frente arderá igual que un pebetero,
hasta que al fin vacía, caiga en el agujero.

Delio Ortiz

Quito, agosto 24 de 1927

La característica más notable en la producción de Visillac es la suavidad. Hay una suavidad derivada de la experiencia, de grandes dolores, de la conciencia de la insignificancia de las cosas humanas y de la sumisión del hombre a una miseria común, una suavidad del débil; hay otra suavidad hija del agradecimiento, de la bondad en que nos coloca el haber recibido bienes que no merecíamos; de la primera forma nace un sentimiento de compasión y de ayuda blanda pero no va más allá de casos particulares, la segunda en cambio va al encuentro del dolor en toda su extensión, preparada para triunfar por

medio del amor. En el primer caso tiene lugar un refinamiento del sentimiento natural, en el segundo, una plena renovación del ser. Visillac participa de esta última suavidad, por eso se siente en sus libros un agradecimiento desbordante y un sentimiento de paz y de benignidad. ¿Que diremos aún de este dulce poeta, si todo él vive en sus libros buenos, amables y dolidos? ¿Que diremos aún?...

Julia García Games

Santiago de Chile, Setiembre de 1927

BESAME

Bésame en la boca,
tentación sangrienta
que en el marfilino
color de mi tez
tu mirada aloca;
bésala, tuya es.
Toma y aprisiona
mis labios, reténlos
mucho, mucho tiempo
dentro de tu boca
y quede en la mía
la huella imprecisa
de tu beso eterno.
Aboga mi risa,
sofoca mi aliento
con tu dicha loca;
bésame en la boca.

Bésame en la frente:
mi frente es muy blanca.....
Muy blanca.....
Tu beso ha de ser
como un roce de olas
para ese diáfano
blancor de mi frente.
Con la dulcedumbre
del despetalarse
de una margarita;
con la levedad
de la mariposa
que besa a una rosa;
con el misticismo
del nardo que muere
al pie del Santísimo:
con esa dulzura,
ese misticismo
y esa levedad:
piano... quedamente,
bésame en la frente.

Bésame en los ojos
con tu mejor beso:
un beso desnudo
de malos antojos.
Juntando tus labios
pónlos en mis ojos,
como si posaras
tu alma sobre ellos;
como si besaras
la imagen bendita
de tu madrecita....

Bésame en los ojos
con tu mejor beso:
mis ojos son buenos,
mis ojos son tristes,
mis ojos ignoran
la maldad del beso;
¿qué saben mis ojos
de tus sueños rojos....?
Por eso:
con tu mejor beso
con piedad y unción,
cual si te llegaras
a la Comunión:
pura, santamente,
sin darme sonrojos
bésame en los ojos.

Bésame en los senos:
armiño escondido
tras la caridad
leve del vestido;
inquietante dúo
de rosas gemelas;
dormidas palomas
en un mismo nido;
de esencia de vida
llenecitas pomas.
Mis senos.... Mis senos....
blancura encendida
con venas de rosas.
Mis senos....
Ondulantes, plenos:
bésame en los senos.

Bésame en las manos:
mis manos piadosas
y caritativas;
mis manos que ungieron
sangrientas heridas;
manos que ahondaron
muchísimas vidas....
Sigilosamente
mis manos tentaron
esas vidas simples,
diáfanas, de arroyo
y otras pecadoras
de sucio torrente.
Pon tu boca ardiente,
pon, sobre la albita
sabia de mis manos,

y duérmela en ella
para que se torne
más buena tu boca.
Si vieras:
cuál curan mis manos
la lepra déforme,
las llagas más vivas
de muchos hermanos;
y los dejan limpios....
y los vuelven sanos....
Bésame... sí.... Bésame....
Bésame en las manos.

Bésame en los pies
y no pienses que es
un capricho mío:
bésame en los pies....
Ellos no han hollado
huertos florecidos:
no les ha lamido
cariciosa el agua;
sino que se han ido

sangrientos, dolidos
por una espinada
via de dolores.
¡Ay, cuánto han sentido
mis pequeños pies!....
Sendas desoladas,
arenas candentes,
crispadas pendientes,
estepas heladas
saben de mis pies;
saben de la sangre
que en ellas lloraron....
y de las crueldades
que les lastimaron.
¡Ay, cuánto han sentido,
cuánto... ya lo ves!
Por esto: arrodíllate,
bésame los pies.....

Ramona María Cordero León

Cuenca, 1927.

PROSAS

Extraviada mi vida, yo nunca pude comprender
que para adorarla siempre hubo cosas bellas:
guiarse cual los antiguos pastores por las estrellas,
para acertar la ruta o encontrar una mujer ..

No dudar nunca, saber idealizar los
ásperos detalles que idealizan los poetas;
vivir como han vivido los anacoretas
consagrados al culto solamente de su Dios ...

Amarlo todo, pero al tumulto preferir
la triste y maga soledad de los desiertos,
en donde ni los pasos ni los caminos son inciertos
y en donde es dulce hasta la esperanza de morir ..


¡Rumbo ideal, difícil ya para fijar! ...
La vida me ofreció sus múltiples senderos;
por ellos van mis sueños, cual perdidos marineros,
sin encontrar el fin "jamás, jamás"....

León Fort

Ambato, Ecuador

PEQUEÑAS FILOSOFÍAS

FELICIDAD!

 QUIERO fumar un cigarrillo, pero mi boquilla está sucia de nicotina. Rompo de una hoja de periódico un pedazo de papel para enrollarlo y limpiar con él mi boquilla. Mas, antes, se me ocurre leerlo y encuentro enteramente esta frase: "La felicidad no existe".

Esta sentencia es el alfiler que clava mi mente a la meditación como se clava una mariposa a una cartulina. Y mientras hurgo meticulosamente en la entraña de la boquilla, van girando en mi cerebro las reflexiones, las ideas, los pensamientos, alrededor de esa deidad impalpable e invisible que los hombres denominaron Felicidad.

"La felicidad no existe" es la afirmación rotunda de uno a quien no conozco, pero que, seguramente, es ultra-pesimista.

En cualquier otro momento acaso también yo habría convenido en ello. Mas ahora que la melancolía, como lámpara de suaves resplandores alimentada con el aceite purísimo del dolor, está alumbrando mi corazón, una voz interna, la del recuerdo, me musita: "si existe la felicidad".

Y sin embargo, yo soy pesimista. Mis ojos ven siempre los hechos y las cosas a través de una bruma más o menos densa que vela el arco iris de su aureola. Mi fantasía vuela muy alto, tan alto que sobrepasa las regiones siderales, los reinos de la luz y llega a los dominios de las sombras y el caos. Y, no obstante, creo que la felicidad existe como existen el aire y el calor. Creo en ella porque la he sentido. La he sentido yo y también los demás, aun los que se consideran predilectos del infortunio; sólo que ellos no la han reconocido. Por eso afirman que la felicidad no existe!



A qué llamó felicidad el hombre? a la satisfacción de sus deseos. Al goce de un bien anhelado. Al placer que experimenta sintiéndose libre de algo que le torturaba. Su concepción de la felicidad está encerrada en los límites de sus caprichos. Y, a pesar de esto, niega que haya

felicidad, no porque ésta no exista, sino porque cuando llega, en la voluble voluntad del hombre ha cambiado el motivo que la engendrara o ha disminuido el ardor de su deseo, si es que no se ha desvanecido totalmente.

Y así, deduciendo que la intensidad de la dicha está en relación directa con la fuerza del deseo, sin error se puede afirmar que para ser felices hay que saber desear.

No es tampoco de la calidad del deseo del que se deriva la calidad de la ventura. El tamaño, la importancia de las ambiciones poco importan. Sólo importa la vehemencia que pongamos en satisfacerlas; el esfuerzo que nos cueste cumplirlas. Ni se ha de medir la felicidad por su duración; que si fuera eterna, la tornadiza e instable condición del hombre la tomara como desdicha. La complacencia por la perdurable posesión, de lo que quería se vuelve hastio y repugnancia, tedio y tristeza y llega a odiar lo que ansiaba con frenesí, precisamente porque ya no puede codiciarla.

No digáis, pues, que la felicidad no existe. Decid más bien, que no la supisteis desear.



Siendo aún niño, diéronme a beber una copa de champaña. No la concluí. Apenas la probé la rechacé contrariado. Su sabor no era el que yo me había figurado oyendo ponderar a los mayores las exquisiteces del ambarino y aristocrático licor. Y encontraba ridículo y tonto el gesto de satisfacción que ponían cada vez que tomaban de ese vino.

Más tarde, cuando la frecuencia en beberlo fue avivando en mi paladar el gusto necesario para apreciarlo, lo hallé digno de todos los elogios que le prodigaban.

Esto mismo es lo que sucede con la felicidad y los que la prueban. No todos, tal vez rarísimos están capacitados para saber gustarla, para paladearla y hallarle su verdadero sabor. Por eso la toman y no sienten cómo es ella. Y quién sabe si, como yo con el champaña, la dejan sin acabar de gozarla. Esos no son catadores de

felicidad. Esos confunden el goce torpe y sensual con la íntima delectación del alma. Son como quienes encuentran preferible el mosto tierno, dulzón y espeso, al vino añejo, transparente y espirituoso.

Y como el catador, para llegar a serlo, ha de tomar de todas las variedades del sumo de la uva, el que quiera llegar a conocer y distinguir las diversas felicidades, ha de beber no de éstas sino del dolor, múltiple e infinito, que es como la bebida preparatoria del paladar del alma.

El sufrimiento va sensibilizando el espíritu y desbastando la materia. Va sutilizando el corazón y refinando sus sentidos. Es como una fragua que, mientras más arde, más pronto y mejor ablanda el hierro, lo deshace y lo purifica.

Cada dolor va quitando de nosotros una capa de grosera sensualidad, va desbrozando la corteza de egoísmo que oculta y confunde nuestro verdadero ser, va puliendo las asperezas que lo cubren, va limpiando el barro que lo deforma e insensibiliza. Y llega instante en que, despojado de todo lo basto y tosco, la ráfaga más ligera, el hálito más imperceptible de ventura le sacuden y estremecen, le embarcan en inefables emociones.

Sufrid y seréis aptos para el goce de la felicidad!

Como el gusto del manjar más delicado y exquisito perdura en nuestro paladar mientras no lo estraguemos con otro fuerte y ordinario, así en el espíritu queda flotando la sensación de la felicidad en tanto no la sumerjamos en apetitos torpes. Y nunca se recuerda más su gusto que, cuando lejos de ella, el dolor nos ha dado a beber en su vaso.

La nostalgia del placer, ya ido, de la dicha acabada vale bien por la dulce, por la olímpica complacencia de haberla saboreado.

Quizás no volvamos a regalarnos con ella, pero quedan con nosotros su esencia, su perfume, que son como un tónico que reanima nuestras gastadas energías. Y son también como un aliciente poderoso, como una promesa estimuladora que prestan a nuestro organismo moral fuerzas vi-

vas y renovadas que nos impelen adelante, en pos de otra ventura, de otro goce, de otra dicha que, siquiera por minutos y aun cuando fuese sólo por segundos, nos hagan sentir felices.

No estraguéis vuestro corazón si queréis que os quede la sensación y el recuerdo perdurable de la felicidad!

• • •
Junto con unas cuartillas en blanco, salen de mi escritorio unas cartas y un retrato.

Las leo pausadamente. Lo miro con atención. Son de Ella. Las frases, triviales y vulgares, tienen, sin embargo, para mí un significado más hondo que el de sus simples palabras. Los rasgos inmóviles del retrato adquieren vida expresiva al conjuro de mi evocación. Y, por una prodigiosa retrospectiva me llevan a una época lejana, me ponen en íntima comunión con Ella y hacen florecer de nuevo momentos de gratas, de dulcísimas turbaciones...

Se renueva en mí la indefinible ansiedad del amor que espera. Me siento sobrecogido otra vez de la angustiada inquietud de la primera cita y el aguijón agudo de los primeros celos. Es la sabia y discreta preparación para el primer goce, para el primer deliquio del corazón.

Y en un instante de exaltada sugestión, siguiendo el ordenado desfile de los recuerdos, el beso primigenio llega desde la helada e ignota sima del pasado, en eco sonoro y armonioso, trayendo en sus ondas la melodiosa gama de su chasquido, la vibración de su descarga de deliciosa voluptuosidad.

Y ya sin amar ni besar esa boca que otra fuera mía, el recuerdo que gravita aún sobre los desengaños, instrumentos del olvido, pone en mí, por fugitivos segundos, la intensa delectación espiritual de esos lejanos minutos en que mi alma y mi carne se desmayaron con las divinas maceraciones del amor.

Si, la felicidad existe. Creo en ella porque la he sentido!

Ben Omar

Quito, Noviembre de 1927

Palabras de Reconcentración

La Hora Nueva

PALPITA hoy el mundo al ritmo de una vida mejor. El pasado, como una abominable decrepitud, no tienta sino con el olvido. La inquietud es del porvenir, porque «todo tiempo futuro será mejor»... Se escucha por doquiera el armonioso canto de Renovación! Renovación! Se mata lo caduco, por viejo e inutilizable; se laboran fórmulas nuevas de Amor y de Paz! Se detestan los prejuicios y convencionalismos por amorlos e impertinentes por ser familiares del odio y del interés particular.

La materia se vigoriza porque dará cabida a un espíritu más fuerte: *incens arbor in cinere stans*. El siglo del deporte no matará, no ha matado ideologías, sino más bien las ha robustecido. Luego habrá hombres fuertes, con almas de acero. Y, entonces, será el siglo del Espíritu. No hay que temer a una fórmula de perfección, hay que desearla: el deporte es ventajoso y necesario para llegar a ser mejores. La arcilla, al fin y al cabo, es deleznable: el espíritu es eterno. Qué más queremos los que luchamos por un ideal!...

Lo que importa, lo ineludible para la humanidad, es sustentar con rotunda y creadora fuerza, como doctrina y como práctica en la vida cotidiana, el Amor y la Justicia.

Amor: he ahí lo esencial de toda existencia; sin afecto, sin cariño de todo por todos, sin esa fusión espiritual entrañable, infinita, divina, la vida es un desierto; es menester amar, cumplir el sublime evangelio del Galileo crucificado: "Amaos los unos a los



Nicolás Rubio Vásquez

Con el pseudónimo de Alma Fuerte ha publicado este joven de talento sus mejores producciones literarias y periodísticas. Si nosotros que hemos sido sus compañeros de labor, hemos apostado su rebeldía y hemos almirado su altura por el desarrollo de la cultura de su ciudad natal, Ambato. Rubio Vásquez ha escrito páginas brillantes, que han merecido el aplauso de escritores contemporáneos. Actualmente ha tenido para él la frase de aliento y vigor que acredita una personalidad de meritos indiscutibles. Las páginas que publicamos están impregnadas de su espíritu inquieto de idealismos y vibrante de juventud.

otros". Luego, la Justicia es la apoteosis del Amor: la corona de toda fe, la sustentación de toda esperanza, el compendio de toda vida provechosa!

Amor y Justicia! Al rededor de ellos es que han hecho coro los que cotidianamente —nuevos y videntes heraldos de la idea— el canto nuevo, la vida nueva; el florecimiento de los mejores u optimos ideales: paz y renovación.

Y es con esa inquietud sublime, en noble caravana quijotesca, que el mundo llegará a presentar una faz luminosa, blanca e immaculada como la hostia.

La Virtualidad del Libro

Hombre ciudadano, abrid un libro, saboreado de principio a fin, y veréis que en su muda frialdad, os contará muchas cosas que tú no sabéis, que no lo has sabido.

Penetrad en el corazón de ese pacífico mensajero de sabiduría, quizá adorméis las noches de desvelos, de grandes inquietudes que costó a su autor, para daros con él la luz de que tú careces. No abandonéis el libro mientras no lo hayáis leído íntegro; mien-

tras no lo hayáis hecho su mejor amigo, mientras no lo hayáis confundido con él. Veréis tú, buen hombre, que el libro es el único amigo que no hiera, el único hermano que no vende... Donde quiera que lo halléis, dadle tu mirada de amor, de penetración; lee-lo, aprovecha sus consejos; asimila sus enseñanzas. Qué triste espectáculo me da un estante lleno de libros sin un lector, sin un amigo! Me ha parecido ver un corrillo de madres apenadas, ante la ausencia de sus hijos! No, No permanecáis impívido

ante una biblioteca, consultad un libro, leedlo por entero, con vuestra alma, con vuestro corazón. Unas veces reiréis, otras os pondréis serio, meditativo; en muchas ocasiones sin que hayáis tenido tiempo de detener en vuestros ojos una lágrima, ya os habréis enjugado muchas... Será vuestro mejor amigo, será vuestro sabio consejero, será vuestro hermano, os parecerá vuestro padre. Así es el libro, no tengáis miedo de acercaros a él, de darle un abrazo de afecto, de intenso cariño. Al fin, veréis que el libro es eterna fuente de luz, de belleza, de bondad y sabiduría, donde se disipan las sombras de la ignorancia y del rencor... Abrevad vuestra sed espiritual en esa fuente milagrosa...

Serenidad

Pocos son los hombres que se encastillan en el dominio de sí mismo, el secreto del buen vivir. Vista la vida a través de sus mil contingencias angustiosas, el espíritu se torna irascible, cuando no intransigente. Y es que no conocen el secreto de la serenidad, que es como una meliflua resignación a la hosca acritud de la existencia. A la mala cara de las situaciones y las cosas, oponen una tremenda resistencia hostil, empeñados en entablar una lucha tamaño y desigual...

Insensatos! No se se dan cuenta de la ley ineludible de los destinos, que rige inexorablemente la vida de las cosas! Triste anhelo de Sísifo, el de los hombres sin sentido práctico!

Mantenerse derecho aún en medio de los formidables vendavales, es virtud de la serenidad! Al fin las tempestades pasan, los rugidos de la tormenta cesan, y el corazón aprende a estar quieto, filosofando los dolores, como que son necesarios para fortalecer el espíritu...

Dura tarea, pero noble faena, es ahogar los gritos de angustia y parecer al mundo con aquel sello augusto de la resignación. Los dolores se tornan en un suave misticismo de amor, cuando no se los echa a los vientos, para que todas las gentes se den cuenta de ellos: eso es reprehensible vulgaridad!

Es menester sufrir para uno mismo, dentro de nuestra propia alma, calladamente, silenciosamente, que aquello es grandeza de alma. Las gentes vulgares andan quejándose de todo; pero los espíritus selectos tienen una sonrisa de entereza—como debe ser la sonrisa del cielo— para toda angustia, para todo dolor...

Qué alegría se siente cuando el alma gi-

me y llora dentro de nosotros mismos! Oh, entonces las lágrimas fingen regueros de estrellas, luces maravillosas del Eterno, en el grisoso camino de la Vida!...

Digote, Buen Hombre...

Digote, buen hombre, que la Vida hay que llevarla paso a paso, con ritmo y armonía. Tú comprendes que mientras una copa se la toma de un sorbo, en un segundo, inmediatamente, la hallarás vacía...

La vida es como una copa llena de exquisita bebida que hay que saborearla con calma y con prudencia. Una copa de buen vino o un trago cualquiera delicioso podrá llenar nuevamente la copa del placer; pero, la copa de la vida, una vez vaciada, esa no se la llena ya nunca más... Nunca... No quiero decirte aquí lo que significa esta palabra funesta y misteriosa, este símbolo de la nada... nunca... porque sabes perfectamente de las cosas que encierran negaciones de toda existencia!

Tienes en tu mano una copa llena que emana exhalaciones que perfuman y odorizan: la juventud te sonríe, la juventud te anima, con fuerza y con vigor... Esa es una copa de cristal delicado que hay que cuidar que no se rompa. Tenla bien entre tus manos, el menor soplo de maldad puede deshacerla, dañarla, y ya sabes tú que es una copa que no la hacen sino por una sola vez...

La vida es esa, tal cual, una copa llena de todas las esperanzas, de todas las delicias aún no saboreadas, de todos los placeres que aún no tientan con sus promesas y halagos, con sus muecas fascinantes y embriagadoras... Por eso, precisamente por eso, no abuses de ella. Como todas las cosas, la vida se va conforme se la toma, calmadamente o apresuradamente; envejece también, según el uso que hagamos de la misma...

Hoy hay risa, hay alegría, hay felicidad, aunque sea relativa—porque nada es absoluto que no sea Dios,— no importa, pero comprende que es la época de las rientes primaveras, de los divinos éxtasis del corazón, de las gratas embriagueces del alma, y hay que saber gustarla. Fíjate, buen hombre, en estas palabras sencillas: "hay que saber gustarla!" No abusar, de ningún modo, de la abundancia, suponiendo que la juventud sea la abundancia de la vida...

Muy pronto, al transcurrir de un año, tal vez de dos, cinco o diez, porque el Tiempo pasa pronto—como que es el Arcaico que no se detiene nunca, nunca,—

sentirás un vacío, que no podrás llenarlo por más esfuerzos que hicieras... Te cansarás en vano... Tarde subirás de que has abusado de tu vida. Y entonces te verás en la pendiente, de la que no hay sino un paso hacia la tumba; porque la juventud derrochada, gastada y dolorida, confina con el sepulcro... y, suavemente, prematuramente, pero de modo inexorable, atrastrarás tus años disipados por aquella pendiente irremediable...

Por eso, precisamente por eso, mide tu existencia en la prudencia y el buen sentido; no se dilapida una fortuna en un santiamón por temor, por el trágico miedo al fantasma de la Miseria... Asimismo, no derroches tu juventud en un momento, — por halagador que ello fuere, — por temor a la vejez vacua y despiadada, a esa vejez en plena juventud que es principio de tumba...

Resid, gozad, en buena hora, pero con medida, sintiendo la bondad del deleite, que no atenúa las facultades del alma, calculando las consecuencias, sintiendo que el espíritu se flexibiliza—, si cabe la palabra,— y palpando como nuestros actos son ciertos y oportunos, y que llevan el sello de la pátula y de la armonía...

Y tened en cuenta siempre que a una juventud gastada hay una tumba abierta...

Ama el Sendero

¡Corazón despierta! Sigue el viaje sin vacilaciones. Mira que todo lo que te circunda es deleznable y finito; es una dispersión osombrosa del Alma universal... La Unidad se ha dividido por una razón de existencia, nada más. Cumplida la misión de la vida, todo volverá al Foco genitor e inicial, para seguir igualmente, la ruta de las transformaciones sabias...

Corazón despierta y emprende la senda de lo desconocido! Envuélvete en la penumbra de los adorables misterios del laboratorio universal... Clarificate, corazón y sé bueno y resignado. Las consagraciones sólo las hallaremos en el Todo. Camina hacia El, amando y cantando al sendero incliñable!

Mientras vayas solo sentirás las angustias de la soledad insatisfecha e impotente. Armoniza tus fuerzas con la de las demás cosas, tus hermanas; serás fuerte, serás grande, cuando hayas fundido tus ansias y tus deseos en la Fuerza latente y poderosa de todo lo creado. Camina, camina, hacia lo increado e inmortal!

Tú, corazón, eres una chispa del fuego generador; te has desprendido por gracia

de la centrífuga infinita de la Mente increada y Unica!

No ves el sendero cubierto de claridades indefinibles e embriantes? No ves cómo hay rosas, muchas rosas de raro perfume y multicolor encanto al límite del camino?

Sé digno de alcanzar firmemente aquella meta luminosa... Las indecisiones y dolores saborealos con placer, sin rendirte jamás a los temores de la fatiga. Las rosas perfumarán las inquietudes del Sendero. Anda, camina arrogante, insatisfecho, buscando la Gracia eterna, la Fuente incliñable...

Es ley de los mundos y de los seres ir hacia la Voluntad creadora... Cámara, corazón, cantando, amando al Sendero!

Luego verás el milagro...

Luz, más luz; milagrosa luz increada y divina!

Lo que eras Atomo serás Dios. Conciencia de todo lo existente; Voluntad poderosa y Unica...

El Amor

"Morir por falta de amor,
es la asfixia del alma".

Victor Hugo

Ley natural, mandato divino es amar. Se ama la naturaleza a sí misma. Los astros giran en torno del Sol, porque han encontrado una hoguera de amor. Desgraciado ver es quien no ama; pues, él jamás habrá visto las luminosidades del Eden de la vida. Amar es vivir; odiar es vegetar! Aman las aves el aire que respiran; los peces, el agua en que viven; las fieras, las selvas en que rugen. Todo es amor. Amor tierno, amor grande, amor sublime. Odiar es vivir en la sombra; amar es contemplar las miradas de Dios. Amor! Oh, arco que matas y resucitas, que embriagas y consumes. Amar es saborear la esencia de la belleza; el amor encarna eternamente el recuerdo del Raby de Galilea, el dulce Nazareno! Amar es hacer parpadear el cielo; amad, amad y haréis estremecer al Universo...

Amad, sobre todo, lo eterno, lo inmutable; amad el alma de los seres y las cosas. Este amor es luminoso, transparente; descubre la esencia de sí mismo! Amar lo fugaz y pasajero, es adorar a la pasión; es rendir culto ciego a la materia. La materia es corruptible y el amor no se corrompe...! El amor es luz que da luz al caos. El amor es vértigo, es embriaguez, es delirio de amor, por el amor mismo!

Amad que el amor es perfume, es incienso quemándose por siempre en el altar de la vida: en el corazón de la Muerte; porque el amor es vida y es muerte, es fuego y es hoguera!

Morir por el amor, es acercarse a la eternidad de Dios; "morir por falta de amor es la asfixia del alma"; amad, amad que el amor es resurrección y es vida, es soplo de Dios sobre la tierra...

La Envidia

Frente a las glorias humanas, asoma siempre la envidia. Es rastrera porque es inmunda. Es ciega porque le causa espanto la luz; es pigmea porque no alcanza sus miradas hasta las cumbres. Vedla: es pálida con aquella horrible palidez de los cadáveres que viven...

Devora insaciable lo que nunca puede hincar el venenoso diente. Se oculta detrás de las sombras porque es reina de las tinieblas. Tiene la lengua viperina de las víboras; pero su mortal veneno, en vez de causar daño a sus víctimas, le emponzoña y le mata lentamente, indefinidamente.

Huzmea las felicidades y las hiere; pero de aquellas heridas de la infamia, salen como aureolas divinas, torrentes de claridades inefables: es la justicia!

Ve el mérito y lo mancha; pero aquella mancha le da relieve de grandeza al hom-

bre. La baba inmunda de la envidia no alcanza a escupir los rostros de los grandes; se estanca en los cienos, donde mora la exhausta infamia... Pero, poderosa como la Muerte, la envidia impera; sólo que la muerte redime y la envidia infama!

La envidia es señora de los espíritus débiles e hipócritas, es su mansión, aquellos "sepuleros blanqueados" de los que nos habló el dulce Maestro de Galilea. No hay temor de su diente: se alimenta de gusanos!

Vedla: es tétrica como la tumba; horrible como toda miseria humana. Por allí pasa pálida y sombría con aquella palidez lúgubre de los cadáveres que viven...

No hay temor de su diente: se alimenta de gusanos... Su baba inmunda no alcanzará a escupir el rostro de los grandes...

Una Frase...

La injusticia es producto de la perversidad y egoísmo de los hombres; porque el triunfo de la verdad y del bien les llega al corazón como daga envenenada. La justicia —se ha dicho— no perdona a nadie, pero quién garantiza de la solidez e incorruptibilidad de nuestra débil y flaca arcilla?...

Nicolás Rubio Vásquez

Ambato, Ecuador

IMPORTANTE

Si Ud. desea conocer el movimiento cultural de los pueblos hispanoamericanos, suscribase al gran semanario de San José de Costa Rica

Repertorio Americano

La administración de esta Revista puede encargarse de solicitar suscripciones para el Ecuador.

AMOR

(Para mi esposo)

A la Revista "América"

Yo quiero en mis delirios ser onda, ser gemido,
ser cantiga y arrullo, la cantiga del nido
que diga en sus endechas: amor, amor, amor:
besar amante, luego, la fimbria estremecida
del manto de realeza que Dios puso en tu vida,
porque eres triste, y bueno, y sabes qué es dolor.

A flor de pena alzarne, buscándote en las huellas
trasadas por el tenne fulgor de las estrellas
y pétalo, y aroma, y ensueño, y lumbre ser.
Así plegarme en aras de tu alma, dulcemente,
soñar en que tus besos posándose en mi frente
son lirios, a la aurora volviendo a florecer.

Y allá donde en silencio plantamos ya la tienda,
mirar cómo está exenta de lágrimas la senda
que tú florida hiciste por mí, sólo por mí.
Contigo no, no importa que rija el viento, Amado,
que ya la Primavera sus velas haya alzado
y el áspid de la angustia se yerge contra tí.

Oír que suavemente me dices: "alma mía",
creer en que tus ojos por mí serán un día
los mismos que en mi fosa no cesen de llorar,
es lo único, lo cierto, lo que hace que en mis horas
no existan sino albores de plácidas auroras
y amor, amor que rima sus quejas como el mar.

¡Perdóname!, sin culpa nací doliente y loca,
buscando siempre el jugo sabroso de tu boca,
llamándote en mis sueños supremo y caro bien.
Me amaste y en la ruta mi barco peregrino
dejó de ser la aleve, la extraña golondrina
que huyó desde una playa risueña del Edén.

¡Me amaste!... cómo entonces trenzamos una a una,
besadas por el alma silente de la luna,
las flores que cifieron las piedras del hogar.
Soy yo de tus jardines la blanca sensitiva,
mi veste es de azucenas, mi amor el agua viva,
la fuente en la que entrambos sabemos qué es amar.

Riente, con la aurora, soy paz de los senderos,
fragancia en los capullos de sauces y gomeros,
latir en el latido que da tu corazón.

Por tí fueron dos gemas de sándalo mis manos,
brotó en mi huerto el oro frugal de los manzanos,
sus cálices abrieron las rosas de pasión.

Por tí busqué en los tintes del sol cada mañana,
la nube que trajera fulgor a mi ventana,
fingiéndome en sus líneas la luz de tu mirar.
Traduje, enamorada, la voz de los zorzales
meciéndose en las ramas de cándidos rosales,
y estrofas, mis estrofas te dije al despertar.

Amé la tarde, el viento, la cantiga del río,
la queja misteriosa del surco en el estío,
la vida, con sus dones de amor y de dolor.
Y vamos desde entonces los dos por el camino.
nuestra ánfora está llena del bálsamo y del vino
vertidos en la senda por Dios Nuestro Señor.

Verdad que en el Otoño la niebla se entristece,
la flor en el silencio del parque languidece,
y en un rumor de pena, las hojas ¿dónde irán?..
Tal vez enamoradas alondras peregrinas,
ceñiéndose la toca de viejas campesinas,
¿en busca de otros campos y de otro amor se van?

La Muerte, la apagada visión de la Esperanza,
la amada extraña que huye diciéndonos descansa,
llenando de tristeza la paz por donde huyó,
su beso da al Otoño brumosa y largamente ...
¿no ves cómo hay escarchas y nieves en mi frente
allí donde en otrora la luz se estremeció? ...

Más tarde, y sin que a nadie preocupe tu amargura
verás sin mí la noche muy larga, muy oscura,
fundiéndose en la sombra mi luz de eternidad.
Entonces, con el himno que da la tierra al día,
te oiré cómo sollozas diciéndome: "alma mía",
como antes, como ahora que soy tu claridad.

Yo en cambio en el murmullo del aura acariciante
vendré a besar tus ojos solícita y amante,
vendré a llamarme tuya como hoy y como ayer.
Seré de tus jardines la brisa mañanera,
la nota de lejana y alegre Primavera
en alas del recuerdo, volviendo a florecer.

Y mientras solo vayas buscándome en la senda,
seré de tus poemas la mística leyenda,
la Amada cuyos versos te digan siempre: ¡Amor!

María Natalia de Flor

Quito, Noviembre de 1927

ULTRAMONROISMO

BS difícil saber hasta qué punto van acordes la sinceridad y el entusiasmo declamatorio de nuestros cantores a la raza y a su pasado heroico y a su porvenir magnífico.

No repudio, ni ha llegado ocasión sería para el arrepentimiento, aquella aleyuya que lancé en un momento de pesimismo alegrado por uno de tantos festivales para estrechar los consabidos lazos fraternos....

"Hispanoamericanismo:
todo termina en lirismo".

Entonces, como ahora y en todo momento, justipreciaba por encima de los valores materiales cualquier producto espiritual por humilde que fuere y, con arreglo a mi modo de valorizar, sería difícil adquirir con cheques o numerario una minúscula actividad mental del genio ateniense o un endecasílabo brillante, sonoro, rítmico, de alguno de nuestros poetas románticos.

La poesía, como todas las bellas artes, responde a una esplendidez, a una vitalidad de alma que es propia de las civilizaciones nobles y ricas, tomando la riqueza en un sentido más amplio que el corriente.

Vayan las precedentes advertencias como explicación del alto rango, por mí reconocido, que tiene la lírica y no crea quien me leyere que equiparo el lirismo con algo baladí o cosa de menor cuantía.

Pero sea porque la sinceridad falte del todo, o en buena parte, o porque la labor eficaz, por lo sentida y leal, de algunos hispanoamericanos, tiene una lamentable traducción en los estrados oficiales, el caso es que mi aleyuya continúa siendo actual con más frecuente aplicación, que la que imaginé, sin descontar la hipérbole.

Y vereis mi razón de enjuiciamiento, que no es la primera vez que apaña a hechos históricos de mi inolvidable maestro Pi y Margall.

Con ocasión del centenario de su nacimiento — 1924 — aproveché la invitación que me hizo "La Escuela Nueva" de Madrid para inaugurar el ciclo de conferencias, con una sobre "Pi y Margall, el político", revelando un hecho de pocos conocido y que, según mi cálculo, muestra mejor que ningún otro el talento excelso y las

dotes de preclaro estadista que adornaban a D. Francisco.

Durante su presidencia de la efímera República Española, mientras aseguraba la abolición de la esclavitud en las Colonias y dictaba el proyecto de constitución federal, hubo de conferenciar más de una vez con el embajador de los Estados Unidos, a quien satisfizo plenamente la autonomía que tal proyecto reconocía a los municipios, regiones y colonias españolas; indicando el diplomático norteamericano a Pi y Margall que la autonomía de Cuba borraha los obstáculos que se oponían al monroísmo.

D. Francisco, que era un dialéctico de primer orden, consiguió que el Embajador y, lo que era más importante, la gran República por él representada en Madrid, reconociesen la impropiedad de aplicar parcialmente la famosa doctrina y se llegó al siguiente acuerdo: "España, no obstante su posición en Europa, sería considerada como nación americana y aplicable a todo su territorio federal la doctrina de Monroe".

Una de mis mayores emociones, y superada con excesiva candidez sin duda que a todo español le ocurriría lo mismo, fué la que me causó esta noticia escuchada, por primera vez, pocos días antes de Santiago y Cavite....

Y de la misma suerte que tras del 1898 fueron pocos, muy pocos, quienes reconocieron la clarividencia y la valentía de Pi y Margall oponiéndose a la guerra y pidiendo hidalgamente la libertad para Cuba, tampoco han sido muchos — y engloba aquí a los líricos y a los prácticos — los hispánicos de aquende y allende el mar que han sentido de veras un poco de gratitud para el malogrado presidente de la República Española y mucha pena por el fracaso de su magno proyecto que, al americanizar España, hubiera elevado hasta una cima de superhumanización racial la doctrina de Monroe.

Manuel Hilario Ayuso

NOTA.— El trabajo del ilustre escritor Doctor Ayuso—Catedrático de la Universidad de Madrid— llegó a nuestras manos demasiado tarde para ser publicado en el número anterior.

-Este es mi

Tío "Carambá"

"El hermano mayor de papá—agrega Pepita—y la persona más simpática de la familia. Franco y llanote como buen campesino, pero con un corazón más grande que el campo en que vive. De vez en cuando viene a la ciudad a "echar una comita al aire," porque es alegre como unas Pascuas. Naturalmente, él no se llama "Carambá." Se llama Leonidas, pero nosotros le decimos así porque siempre que algo le gusta o le sorprende, exclama: "¡Carambá hombre, carambá!"



EL "tío Carambá" es sano y robusto "como un tero," según sus propias palabras. Sin embargo, cuando se le va la mano en eso de "las canas" y despacha copa tras de copa y cigarro tras de cigarro, suele amanecer con un dolor de cabeza y un malestar de todos los demonios. Antes era cosa de volverse loco, pero ahora se toma dos tabletas de

CAFIASPIRINA

y a los cinco minutos, ¡"carambá, hombre, carambá"! está tan fresco y tan alegre como si acabara de nacer.

Por eso siempre lleva un tubo en el bolsillo, amén de dos o tres más que tiene en la casa por si alguno de sus dependientes sufre un dolor cualquiera. "En mi rancho"—dice él—"primero el pan y después la Cafiaspirina."

La CAFIASPIRINA es la mejor que existe para los dolores de cabeza, muelas y oído; las neuralgias; el reumatismo; las traqueítidas y los excesos alcohólicos. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y NO AFECTA EL CORAZÓN NI LOS RINONES.



La simpática presentación que hará la simpática PEPITA a nuestros lectores es un personaje interesantísimo, el "SR. GONZALEZ Y MAS, NOVIO DE SU HERMANA," político, literato, orador y tal. ¡No deje usted de conocerlo!

PLEGARIA MÍSTICA

(Recordando la Sonatina)

*Para ti, querida Ercila,
con algo de tu pena...
y de la pena de Ella.*

Hace tiempo la dulce y espiritual monjita,
que dejó dentro mi alma una pena infinita,
en su pequeña celda no deja de llorar;
sus labios están pálidos, sus labios han perdido
el color que tenían del clavel encendido...
¡Se va a morir la monja de tanto suspirar!

Las rosas encarnadas, que tanto las quería,
se están muriendo a solas de cruel melancolía,
es que las rosas tienen nostalgia por su amor.
Pobrecita la monja! Pobrecitas las rosas!
las rosas y la monja, porque son tan hermosas
van a morir ¡Dios mío!... se mueren de dolor!

¡Señor! Tú que eres bueno, tan grande y milagroso,
que hiciste de Magdala un lirio luminoso
y despertaste a Lázaro a esta vida fatal:
yo te imploro disipes las sombras de su vida,
que le concedas todas las gracias que te pida,
Señor! puede morirse si no curas su mal!....

Yo no sé lo que tiene, si no te lo dijera,
sólo sé que una pena su corazón lacera
y que hace muchos días está triste, Señor...
No ves que hasta las rosas de verla así tan pálida,
como si fuera una moribunda crisálida,
se están muriendo todas de incógnito dolor?

Oh, Señor Jesucristo! escucha la querrela
que mi alma dolorida te dirige por Ella,
pidiéndote que cures su gran desolación.
Devuelve a la monjita la libertad perdida,
no ves que su alma tiene por el amor herida
y el nombre del amado es su única oración?

Ricardo Darquea G.

El Peligro Yanqui

MAS que ante el espectro nipón, América—tierra virgen—debería estremeceerse como una corza ante el rampantismo de Yanquilandia, y reaccionar con el coraje mozo, con la bravura selvática con que antaño hizo temblar los corazones de España. Yanquilandia es un peligro para la América! Ya lo dijeron muchos; ya lo dijo Manuel Ugarte en su cruzada antipanamericana; y ya han sentido varios la garra de los *leopardos blancos*, que dijo el divino Rubén; allí está el caso de Texas, en México; el de la enmienda Platt, en Cuba; el de la cesión Guantánamo y Bahía Honda, hecha por la misma; allí el caso de Panamá; y luego los alquileres y compras hechas en la América Central. La Yanquilandia anda por la América del Sur olfateando, hambrienta, minas de petróleo, minas de carbón, minas de hierro, minas y minas, su suprema, su única ambición... Luego necesita mercados para el expendio de su superproducción y allí vienen imposiciones, donaciones; allí, entonces, se deja sentir el imperialismo económico de la raza-cultura de Hércules y Mambrú.

A todos estos hechos que dicen una vez más del *monotismo* falseado de la América del Norte, tenemos que añadir el caso de Venezuela, que entregó algunas de sus minas a la ambición yanqui, y el del Ecuador, que no contento con regalar el oro que atesora su suelo, contrató, además, la explotación de petróleo que esconden nuestras selvas orientales. ¡América es tierra de conquista!, se dicen los del Norte. Y hoy su ambición ha hecho que eleven sus ojos en nuestras islas. América es tierra de conquista, pueden decir más tarde todos, e irrumpir los indianos, nostálgicos de Jaujas y Cipuzgos...

Y el imperialismo yanqui que tan malos resultados ha dado, aún puede dar mayores. La paz, la unión de los estados de la América del Sur, comprende que es un peligro para su política, y que acaso sería el primer paso para oponerse a sus tutelajes, de allí que, abrogándose el derecho de intervención, sea el juez en nuestros problemas limítrofes, los que crecía y mantiene insolucionables, por así convenir a sus intereses. El caso de Tacna y Arica es el mejor documento que corrobora lo dicho... Por otra parte, su gobierno esencialmente burgués, hoy o mañana, será un dique, una valla insalvable que opondrá resistencia al advenimiento de la re-

ligión del siglo XX, cuya única enseña es el trabajo y la igualdad; y digo que se opondrá porque al coloso del Norte, más que a nadie, le es sumamente necesario y conveniente, evitar que se minen los cimientos de los estados suramericanos—feudos suyos—gobernados, casi en su totalidad, por banqueros o políticos burgueses que viven en alianza, en contubernio con la Casa Blanca, haciéndose mutuas consociaciones, con el único objetivo de ver triunfantes sus ideales, que no son otros que burgueses y sanchezos. Y todo esto consiguen los EE. UU., invadiendo, burlando autonomías; y cediendo derechos, los gobiernos de Sur América.

He aquí un esquema de los hechos que ponen luz para comprender en toda su intensidad el peligro yanqui. La América de Washington, deja ver sus fauces de lobo hambriento; tiende sus pupilas al Sur; yergue audaz su zarpa; la América española, inerme, confiada, es conducida por sus mistios gobiernos a la picota, para que su sangre, sangre joven y heroica, sacie la sed del pulpo que la asecha.

Ahora, cuál será la forma de librarse de la carlanca ignominiosa con que se pretende sujetarnos?

Esta ha sido una de las interrogaciones que ha emergido del vasto mar del pensamiento, por donde andan los cerebros idealistas que, huyendo de políticas rastreas de campanario, saben abrigar en sus corazones ideales inmensos y humanos, que se consiguen al agitar de alas en las alturas, al sentir más cerca las caricias del azul.

Ingenieros—el pensador gigante del Nuevo Mundo—Vasconcelos, Ugarte, ya pensaron en la unión de Sur América, para, en un solo bloque, defenderse de los darlos envenenados de ambición y burguesía que lanza de su careaj el Flechero del Norte, y esta idea, nacida acaso de la bolivariana, va tomando cuerpo día a día, cristalizándose en hechos halagadores, que hacen entrever la esperanza de que un día reinará el equilibrio en la política de este continente.

En el último número de la «Revista de Filosofía» encontramos que se halla formada la Alianza Popular Revolucionaria Americana, cuyo Programa, sintetizado en cinco puntos, merece ser conocido por todos:

- 1.—Acción contra el Imperialismo Yanqui.
- 2.—Por la unidad política de América Latina.

Biblioteca de Autores Ecuatorianos

HONOR, ESTIMULO, AYUDA

El Concejo Municipal de Ambato y el Comité *Montalvo* de esa ciudad, inauguraron el 12 de Noviembre, aniversario patrio, la Biblioteca de Autores Nacionales. Cúmplase así, con prontitud que acusa el entusiasmo y define la magnífica voluntad, un deseo que se expresó en páginas de fervor. La Biblioteca Montalvina, el Museo que guarde las reliquias del Cosmopolita, la Casa que mantenga, en verdad, la presencia del ambateño que es gloria pura de América. Pero se amplió, admirablemente, la obra. Y es así como bajo el amparo tutelar del tratadista del genio y la nobleza, se alinean en las estanterías de la Biblioteca las obras de autores de la Patria. Biblioteca nuestra, íntima, del solar ecuatoriano, conservada en ese corazón florido de la patria, Ambato.

Agrándase la noble faena con el estímulo. Ese hogar cultural adquirirá determinado número de obras que editen los escritores connacionales y concederá un premio anual al mejor libro.

No falta el apoyo. Se ha creado una beca para que los jóvenes estudiosos vayan a Europa a conquistar el conocimiento, ampliando los horizontes de sus preferencias espirituales: letras, historia, periodismo.

Grábese en la conciencia de todos, lo que quiere hacer un Municipio de provincia, por la cultura.

Hasta ayer no era creencia arraigada la de que al pensamiento había que hacerle el honor de casa. La gloria de Montalvo mismo, llegó de afuera, teñida con los arreboles de Lutecia, para que se le admitiera con tardío asombro.

Justicia para los escritores y honor, estímulo, apoyo. Tal el brillante programa de los munícipes ambateños y del Comité *Montalvo*,

3.—Por la nacionalización* de tierras e industrias.

4.—Por la internacionalización del Canal de Panamá.

5.—Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo.

Esta sociedad, compuesta de obreros y estudiantes, cuenta ya con grandes células en Argentina, en México, Perú, y en algunas naciones de Europa, y es también hora de que sea conocida y secundada por nosotros, los ecuatorianos, que aún, y voluntariamente,

entregamos nuestras industrias, nuestras minas a la mano Yanqui; que aún predicamos el panamericanismo o el hispanoamericanismo, siendo así que la única doctrina aceptable dentro de la política internacional, es el latinoamericanismo o acaso el suramericanismo para luego adaptar otra, cuando se haya vencido el peligro que amenaza nuestra integridad.

V. M. M.

(Renovación) Cuenca, Ecuador

*FRATERNAL

A Mary Coriú, poetisa de alto vuelo

Hermana: cuando vayas a arrancar de tu lira
aquellas que acostumbras notas sentimentales,
ve primero a las aguas de los limpios raudales:
lava en ellas tus manos, después unge tus dedos
con óleo de pureza para que corran quedos
sobre las cuerdas de oro, y suenen tus canciones
igual que los arpegios de cándidos gorriones,
de los mirlos canoros y de los ruiseñores.

Tú que sientes lo bello, y que amas lo que sientes,
canta todo lo bueno de la naturaleza:
canta las cosas reales y las cosas presentes:
canta la suave brisa que acaricia las frondas
y la otra que cautiva susurra en la maleza;
canta del arroyuelo la inquietud de sus ondas,
la exuberante pompa de las verdes llanuras
y los dones que adornan a todas las criaturas.

Mas para cantar huye de los candentes soles,
de aquellos que coloran de intensos arreboles
las cándidas mejillas: tal vez quemen alevés
"tus carnes de azucena, tu cabellera bronce".
Al menos si sus rayos a desafiar te atreves,
en vez de luz el fuego quizá halles entonces:
el devorante fuego de las concupiscencias.
Tus formas virginales son ánforas sagradas,
no dejes que centellas sangrientas, despiadadas
las rompan y disipen las nítidas esencias
de que hoy están repletas, y que cruel quemadura
acabe los primores de su cinceladura.

Canta sí bajo el disco de la apacible luna,
porque su lumbre plácida y blanca no importuna
el canto ni a la musa de las castas leyendas
y los tiernos amores, antes muestra las sendas
brillantes del ensueño; ella guarda el perfume
de las dormidas flores, y cauta no consume
el rocío que en gotas, perladas, diamantinas,
las vastas pampas cubre, las quiebras y colinas.

Hermana: cuando vayas a arrancar de tu lira
aquellas que acostumbras notas sentimentales,
ve primero a las aguas de los limpios raudales:
lava en ellas tus manos, después unge tus dedos
con óleo de pureza, para que corran quedos
sobre las cuerdas de oro, y suenen tus canciones
igual que los arpegios de cándidos gorriones,
de los mirlos canoros y de los ruiseñores.

Josefina Abad Jáuregui

Guayaquil, Setiembre de 1927

CUATRO REVISTAS VALIOSAS

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE LETRAS, ARTE, HISTORIA,
FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Directores:

Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Ginzi

Secretario:

Emilio Suárez Calimam

Libertad 747.—U. T. (41) 3.354, Plaza
Buenos Aires, Argentina

SAGITARIO

REVISTA DE HUMANIDADES

Dirigida por

*Carlos A. Amaya, Julio V. González
y Carlos Sánchez Viamonte*

Secretario:

Pedro A. Verde Tello

Avenida 53.—Núm. 538
La Plata, Argentina

Cultura Venezolana

REVISTA MENSUAL

Director:

José A. Tagliaferro

Administrador:

Ernesto Spineti

Verves a Jesuitas 14.—Apartado Núm. 293
Caracas, Venezuela

Mercurio Peruano

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS SOCIALES Y LETRAS

Director fundador:

Victor Andrés Balañde

Director:

Alberto Ureta

Secretario:

José León y Bueno

Apartmento Núm. 176
Lima, Perú

bilis

Su exceso causa dolor de
cabeza, náusea, vértigo,
mal color, desgano e
irritabilidad. Para
desalojarla y
purificar el
estómago

no
hay nada
más
efectivo
que

tomar, antes del
desayuno, dos
cucharadas de

LECHE de MAGNESIA de PHILLIPS

disueltas en medio vaso de
agua o limonada.

La Leche de Magnesía de
Phillips es, también, el reme-
dio preferido por los médicos,
desde hace medio siglo, para
los "eructos agrios," el "ardor
en la boca del estómago" y
demás síntomas de la "hiper-
cloridia."

No existe laxante mejor
para los niños y las perso-
nas de estómago delicado.

¡MADRES!—La Leche de Mag-
nesia de Phillips es cincuenta
veces más efectiva que el Agua
de Cal para impedir que el ali-
mento se "agrie y suaje" en el
estómago causando al niño có-
licos, estreñimiento y vómitos.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

MOTIVOS NACIONALES. por Alejandro Andrade Coello.— Tomo segundo. — Quito—Ecuador.

En las obras del señor Andrade Coello hay que alabar, aparte de la corrección del estilo, de la nobleza de las ideas y de esa vigilancia educadora que le ha conquistado visibles simpatías entre los buenos escritores de América, su fervor de ocuparse, con estudio detenido y cariño que no excluye la necesidad de la crítica moderna, de escritores, artistas y hombres representativos de la tierra propia. Esta es una virtud que le singulariza, señalándole distinguido lugar entre los escritores ecuatorianos. En el primer tomo de sus "Motivos Nacionales", aparecido hace algunos años, trató Andrade Coello, principalmente, de tres ecuatorianos magnos: Maldonado, Mejía y Montalvo. Valioso aporte al conocimiento de la obra del sabio riobambino, del orador doceañista y del Cervantes del Sur y en una época en que la juventud no andaba aún muy bien informada acerca de la significación de estas figuras que pertenecen a la América total. El segundo tomo que hojeamos con interés, continúa dignamente el empeño de penetrar, con mirada oportuna, en la noble faena del pensamiento ecuatoriano. Consagra hermosas páginas a Rocafuerte, analiza una obra inédita de Montalvo, traza conceptos justos acerca de los últimos libros de Roberto Andrade y al margen de la novela nacional, deteniéndose en la del ambateño don Luis A. Martínez que pintó nuestra región tropical. No olvida a Miguel Valverde, al clásico Abelardo Montcayo y a César Borja, el selecto poeta de las "Flores Tardías". Escucha la música de la Poetisa del Hogar, Mercedes González, y recorre, señalando ilustradas opiniones, la preciosa galería pictórica de Víctor Mideros.

Sus crónicas quiteñas se leen con agrado. El escritor encarnado con la tierra nativa pasea por el claustro franciscano descubriendo emocionales instantes. Evo-

ca a las florecillas de San Francisco, y se complace en exaltar a un artista humilde.

Recuerda al escritor costumbrista Eduardo Mera que dejó inolvidables "Serraniegas" y en los jardines de la poesía moderna, encuentra flores de grato perfume, refiriéndose a los libros de poemas de Ernesto Noboa Caamaño y Humberto Fierro.

Muchas sugerencias despierta el segundo tomo de "Motivos Nacionales" que es, con los méritos de un libro atildado, una contribución sincera e importante a nuestra literatura nacional.

A sus numerosas obras, fecundo legado intelectual, se añade esta última a la que nos hemos referido ligeramente y por la que felicitamos a nuestro apreciado colaborador don Alejandro Andrade Coello.

EL DINERO MALDITO, por Alberto Masferrer.— San Salvador, C. A.—1927.

Es un pequeño opúsculo dedicado al General Plutarco Elías Calles, Presidente de la República de México. Al leerlo, se piensa en Montalvo, no porque el estilo sea semejante, sino por los temas que aborda y el fervor con que habla de los vicios de un pueblo.

Masferrer es un apóstol. Lo prueba su valiosa labor cultural y su último librito, cuyas páginas combaten y fustigan a los vicios que andan sueltos por los pueblos de la tierra sembrando desgracias y haciendo de las gentes unos imbeciles y desgraciados.

Dinero maldito, dice Masferrer, es el que se gana con el engaño. ¿Quiénes son los que engañan? El magistrado que exige contribuciones ilícitas, el tabernero que vende aguardiente, el boticario que vende tóxicos venenosos, el malvado que vende la honra de su prójimo, el malvado que malgasta los tesoros de su alma y de su tierra.

Cuántos errores tenemos que corregir, cuántos que sepultar. Si en cada pueblo hubiera un fustigador como Montalvo un espíritu puro como el de Masferrer, los males que nos afligen no andarían tan cerca de nosotros.

PRONTUARIO de Coeficientes de Sueldos, Estipendios, Jornales, Salarios, etc., al alcance de todos, por **Alfredo S. Aguirre**.—Quito, Ecuador.—1927.

Este es el libro que hacía falta en todas las oficinas comerciales, casas de negocios, habilitaciones y hogares donde los números es un verdadero rompedero de cabeza. El señor Aguirre nos ha hecho un bien al componer esta obrita de valor, que le ha costado, sin duda, un esfuerzo mental por algún tiempo.

Felicitemos al autor de PRONTUARIO y agradecemos por el ejemplar que nos dedica galantemente.

EL ESPIRITU DE LA NUEVA ALEMANIA, por **Francisco García Calderón**.

Un nuevo libro del ilustre publicista peruano, García Calderón, siempre es un regalo para el entendimiento. El que acaba de publicar la Editorial Maucci, de Barcelona, y que se titula como al frente de estas líneas indicamos, representa, además, una labor por demás ardua y persistente de investigación e imparcialidad.

Para dar idea del contenido de esta obra, copiaremos las primeras líneas del prólogo de su autor:

"Quisiéramos en este libro—dice—estudiar el espíritu de la nueva Alemania, no sus errores o sus claudicaciones, sino su aspiración constante y su secreto empeño. Al volver de un reciente viaje de estudios, un periodista francés, habituado a verificar encuestas, M. Ludovic Mandeau, ha escrito que, en la situación presente del Reich, "se ofrecen argumentos para todas las tesis, síntomas para todos los males, estímulos para todas las esperanzas, posibilidades diversas y contradictorias, de tal suerte, que es posible a extranjeros, según el ánimo con que lleven a cabo sus investigaciones, el dar a sus testimonios los más opuestos sentidos". En el seno de la poderosa nación turbada, en vano buscamos concierto espiritual y unidad.

Nuestro conato no puede superar en audacia al de viajeros y observadores. Nos proponemos comparar testimonios, trazar algunas ideas, pedir al pensamiento germano claras y seguras expresiones. ¿Se resigna Alemania, abandonada su filosofía y su fe, escucha nobles admoniciones, o al mismo tiempo que firma solemnes pactos, en los cuales renuncia a la guerra, levanta una fábrica de odio y de poder en el centro de Europa? He aquí los términos de una angustiosa disyuntiva".

Por nuestra parte, diremos que leído el libro, lo encontramos tan bien pensado y desarrollado el tema complicadísimo, que no podemos menos de afirmar que esta obra esclarece de un modo indudable tan importante problema.

ALMANAQUEE ILUSTRADO HISPANO-AMERICANO para 1928. — (Año XIX).

Lujosamente presentado, acaba de publicar la Casa Maucci, de Barcelona, este popular Almanaque, que supera al del año anterior, pues cada vez está mejor editado, y puede competir dignamente con cuantas publicaciones de su género ven la luz en todos los países, no sólo por lo abundante y escogido de su texto, sino por la profusión de sus grabados y el esmero con que ha sido confeccionado por su director y fundador, el conocido publicista don José Brissa.

Merecen especial atención las poesías que el Almanaque inserta, enviadas expresamente por los poetas americanos de la nueva generación, y el gran número de cuentos, chascarrillos, epigramas, anécdotas e historietas gráficas que contiene, sin contar con las secciones dedicadas a los sucesos más salientes del año; todas ellas ilustradas y que hacen de tan curioso libro una pequeña enciclopedia para 1928.

Conocidas firmas literarias de España y América han cooperado a tan valioso conjunto, y teniendo en cuenta lo abundante de la lectura y la artística presentación de este Almanaque, creemos que está llamado a obtener un éxito digno de la Casa que lo edita.

REVISTAS

Nosotros.— Núm. 221.— Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Guisti. — Buenos Aires, Argentina.

Sagitario.— Revista de humanidades. N° 8.— Directores: Carlos A. Amaya, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte.—La Plata, Argentina.

Ecuador Ilustrado.— Nos. 27, 28 y 29.— Director: Héctor Zambrano B.— Guayaquil, Ecuador.

El Consultor Bibliográfico.—Núms. 20 y 21.— Director: J. C. del Guidice. — Barcelona, España.

Santafé y Bogotá.— Núms. 57 y 58.— Directores: Víctor E. Caro y Daniel Arias Argáez.—Bogotá, Colombia.

Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes.— N° 52.— Director: Juan B. Acevedo.—Madrid, España.

A. P. R. A.

Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América
(Célula de París)

CENTRO DE ESTUDIOS ANTI-IMPERIALISTAS

Habiéndose fundado el 22 de enero último el Centro de Estudios Anti-imperialistas de la sección de París del Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales de América con secciones para cada pueblo latino-americano, solicitamos toda clase de información financiera, económica, política, periodística sobre las repúblicas de nuestra América y especialmente todos los datos referentes a la acción del imperialismo yanqui y británico (especialmente yanqui), en esos países. Al mismo tiempo solicitamos artículos relacionados con los problemas del imperialismo para el periódico *Apra* que se editará próximamente en París-Londres, como órgano oficial de nuestro movimiento. Toda comunicación relacionada con el Centro de Estudios Anti-imperialistas de la *Apra* en París, debe dirigirse al Secretario General de la Célula de la *Apra* en Francia: **Eudasio Rabino**, 18 rue Cujas, París V.

Londres, febrero de 1927. — *El Secretario del Comité Ejecutivo Internacional del Apra.*

(Se ruega a la prensa latinoamericana no comprometida con el imperialismo, reproducir gratuitamente este artículo).

Hero.— Año XIX.—Nº 7.—Director: Anastacio Fernández Morera.— Santi-Spiritus, Cuba.

El Estudio.—Nº 23.— Director: Francisco Roldán Hidalgo.— San José de Costa Rica.

Tierra Nativa.—Núms. del 36 al 39.—Director: J. M. Salazar Álvarez.— Bucaramanga, Colombia.

España y América.—Nº 181.— Director: Eduardo de Ory.—Cádiz, España.

La Sierra.—Órgano de la Juventud Renovadora Andina.—Núms. 7 y 8.—Lima, Perú.

Revista Ariel.— Núms. 49 y 50.—Director: Froylán Turcios.— Tegucigalpa, Honduras.

Perfiles.— Nº 67.— Director: Antonio Reyes.—Caracas, Venezuela.

Revista del Círculo de Bellas Artes.— Núms. 1 y 2.—La Paz, Bolivia.

El Globo.—Nº 30.— Director: César Silva.—Quito, Ecuador.

La Prensa Ilustrada y la Semana.— Nº 250.—Director: M. de J. Quijano.—Panamá.

Orto.—Año XVI, Núms. 15-19.—Director: Juan F. Sariol.—Manzanillo, Cuba.

Revista Chilena.—Núms. 86-87.— Director: Félix Nieto del Río.— Santiago de Chile.

Cultura Venezolana.—Nº 81.— Director: José A. Tagliaferro.— Caracas, Venezuela.

Actividad.— Publicación de la "Academia Cots"—Nº 25.—Barcelona, España.

Revista de la Universidad de Cuenca.— Nueva serie.— Nº 1.—Cuenca, Ecuador.

Libertas.—Órgano del Colegio de Santo Tomás de Aquino.— Nº 7.— Zapatocha, Colombia.

Renovación.— Órgano de la Sociedad General de Empleados.— Nº 7.— Guayaquil, Ecuador.

Ciencias y Letras.— Nº 158.— Directores: Doctores J. Ricardo Palma y Bartolomé Huerta.— Guayaquil, Ecuador.

Educación.— Nº 14.— Director: Emilio Uzcátegui.—Quito, Ecuador.

Social.—Núms. 1 y 2.—Directores: Néstor Mogollón y R. Bustamante V.—Latacunga, Ecuador.

Revista Municipal.— Órgano del I. Ayuntamiento de Guayaquil.— Nº 12.— Ecuador.

Anales de la Universidad Central.— Nº 261.—Quito, Ecuador.

Revista de Industrias.—Publicación oficial del Ministerio del Ramo.— Nº 41.— Bogotá, Colombia.

Sagitario.—Núms. 1 y 2.—Director: Ramón Escuti.— Santiago de Chile.

BOTÁNICA



Acaba de salir a luz el **Primer Tomo** de esta obra del Profesor Normalista

Abelardo Flores;

Texto pedagógico arreglado de acuerdo con los principios de la **Moderna Escuela del Trabajo**, destinado al Preceptorado, Colegios de Segunda Enseñanza, Normales, Liceos, etc.

Esta obra y la de **ZOOLOGIA** del mismo Autor, han merecido la aprobación de notables Profesores de Ciencias Biológicas de la Universidad Central y del Instituto «Mejía» y han sido acogidas favorablemente en el Exterior.

Para pedidos, dirigirse al Autor. — **Apartado N° 52.**— Quito-Ecuador

REVISTAS

que deben solicitar las personas que se interesan por la cultura Hispánica

<p>NUESTRA AMÉRICA</p> <p>REVISTA MENSUAL de difusión cultural Americana.</p> <p>Director: <i>Enrique Stefanini</i></p> <p>DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: San Eduardo, 2521 Buenos Aires</p>	<p>Repertorio Americano</p> <p>Semanario de cultura Hispánica, de Filosofía y Letras, Artes, Cien- cias y Educación, Mis- celáneas y Documentos.</p> <p>Publicado por <i>J. García Monge</i></p> <p>Apartado Letra X</p> <p>Suscripción anual: 16 oro americano</p> <p>San José, Costa Rica C.A.</p>	<p>Revista de las Españas</p> <p>Órgano mensual de la <i>Unión Ibero-Americana</i></p> <p>Suscripción: América y España, un año 15 pts. Número suelto 3 id.</p> <p>Calle de Recoletos, Nº 10—Madrid</p>
<p>Revista Hispano-americana</p> <p>de Ciencias, Letras y Artes</p> <p>Director: <i>Juan B. Acebedo</i></p> <p>La correspondencia debe dirigirse a José M^a de Gamoneda</p> <p>Calle de San Agustín, Nº 7 Madrid, España</p>	<p>El Consultor Bibliográfico</p> <p>Publicación mensual</p> <p>Suscripción anual, en los países de la lengua española o portuguesa, 5 pts.</p> <p>Dirección y Administración: Munster, 128 Barcelona, España</p>	<p>ORTO</p> <p>Revista Quincenal Ilustrada de Literatura y Arte</p> <p>Directores: <i>Juan F. Sariol</i> <i>Angel Cañate Vivó</i></p> <p>Apartado Nº 154 Manzanillo, Cuba</p>
<p>HERO</p> <p>Migaine Latino Americano</p> <p>Director: <i>Atanasio Fernández Mora</i></p> <p>Suscripción para España y América: Semestre 2 dólares Un año 4 dólares</p> <p>Oficina: Céspedes, 25 y 36½ Santiago-Española, Cuba</p>	<p>Santalé y Bogotá</p> <p>Revista Mensual</p> <p>Directores: <i>Victor E. Caro</i> y <i>Eduardo Guzmán Espaola</i></p> <p>Apartado Nº 541 Bogotá, Colombia</p>	<p>PERFILES</p> <p>Quincenario Ilustrado de Literatura, Artes, Ciencias y Actualidades</p> <p>Director: <i>Antonio Reyes</i></p> <p>Apartado Nº 434 Caracas, Venezuela</p>

ZOOLOGÍA



Acaba de salir a luz el **Primer Tomo** de esta obra del Profesor Normalista

Abelardo Flores;

Texto pedagógico arreglado de acuerdo con los principios de la **Moderna Escuela del Trabajo**, destinado al Preceptorado, Colegios de Segunda Enseñanza, Normales, Liceos, etc.

Esta obra y la de **BOTANICA** del mismo Autor, han merecido la aprobación de notables Profesores de Ciencias Biológicas de la Universidad Central y del Instituto «Mejía» y han sido acogidas favorablemente en el Exterior.

Para pedidos, dirigirse al Autor. — **Apartado N° 52.** — Quito-Ecuador